

**RENÉ DESCARTES. *DISCURSO DEL MÉTODO***

Una guía de lectura

José Antonio Fernández López

**RENÉ DESCARTES. *DISCURSO DEL MÉTODO*. Una guía de lectura.**

**Índice de contenidos.**

**Introducción**

**I. Contexto histórico, cultural y filosófico**

**II. La filosofía cartesiana**

**René Descartes. Vida y obra**

**1. La necesidad filosófica de certeza**

**2. El método**

**3. El *cogito* y el criterio de verdad**

**4. Pruebas para demostrar la existencia de Dios**

**5. De la certeza de Dios a la justificación de hombre y mundo.**

**Conclusión**

**III. *Discurso del método*. Guía de lectura**

**La obra. Sentido y estructura**

**Lectura comentada**

**IV. Pautas para la selectividad.**

**Ejemplo de comentario de un fragmento del texto**

**V. Textos y anexos**

**VI. Glosario de nociones y términos**

## RENÉ DESCARTES. *DISCURSO DEL MÉTODO*. Guía de lectura.

Ahora bien, yo considero que esta lengua es posible y que se puede encontrar la Ciencia de que depende, por medio de la cual los más iletrados podrían juzgar mejor sobre la verdad de las cosas que ahora los filósofos. Pero no esperéis verla nunca en uso; eso presupone grandes cambios en el orden de las cosas, y sería necesario que todo el Mundo no fuera sino un paraíso terrestre, cosa que sólo vale para proponer en el país de las fábulas.

René Descartes, *Carta al Padre Mersenne*.

¿Cuál de estos dos desequilibrios tendrá para el hombre peores consecuencias: el del amor o el del odio? Esta cuestión, que, quizás, no entre dentro de nuestras preocupaciones más inminentes e importantes, fue sometida a intensa discusión bajo el patrocinio de la reina Cristina de Suecia, siendo planteada a una gran cantidad de intelectuales de prestigio. Entre ellos a René Descartes. Cristina quedó tan asombrada por la inteligencia y la originalidad de la respuesta de Descartes, que lo invitó a ir a Suecia y a integrarse en su corte. Allí murió en 1650 a los 54 años, pocos meses después de su llegada. Enterrado solemnemente en París en el año 1761, en el siglo transcurrido tras su muerte, el legado de Descartes, su pensamiento y sus obras, sufrieron el rechazo más unánime por parte de algunos, la acogida entusiasta de otros, las refutaciones y críticas filosóficas más profundas, todo excepto la indiferencia. ¿Por qué razón?

¿Qué fue o quién fue realmente Descartes? El hombre que encarna mejor que nadie el ideal moderno de la certeza y la exactitud matemática, Cartesius, cuyo nombre se ha hecho sinónimo de “claridad” de pensamiento, no deja de constituir un enigma como filósofo y como persona. ¿Físico o metafísico, buen cristiano o racionalista descreído, defensor de la fe tradicional o iniciador de la incredulidad moderna? Quizás, todo ello a la vez.

El pensamiento filosófico e intelectual de Descartes se basaba en su convencimiento de que lo único objetivo en la naturaleza eran las matemáticas y que la materia física no era más que una proyección mental. Para él las ciencias eran medición y matemática. Tras su muerte fue hallado su trabajo inédito *Le monde*, donde planteaba, antes que el propio Newton, la ley de la inercia y donde encontramos su famosa consideración de que el hombre, en su materialidad física, no es más que una “máquina de barro”. La auténtica esencia humana, la raíz fundamental de su existencia es la posesión de una conciencia: *cogito, ergo sum*.

Por primera vez a lo largo de toda la historia de la filosofía, era el hombre capaz de elevar el pensamiento analítico, la conciencia del valor de nuestra capacidad de pensar, sobre su propio espíritu. Nada más y nada menos que sobre un espíritu al que la tradición judeocristiana entendía y valoraba como el más preciado don de Dios, aquella fuerza que había insuflado en Adán vida e inteligencia y que era, por lo tanto, la justificación primera y última del sentido y el destino del hombre. Esta postura, que convertía el mundo en objeto de la inteligencia y al hombre en ser consciente, individual y pensante, marca el inicio del pensamiento moderno.

## I. Contexto histórico, cultural y filosófico.

Con los grandes filósofos del siglo XVII se inicia la filosofía moderna en el sentido pleno de la palabra. Si bien los pensadores de la época, incluido el propio Descartes, plantean sus reflexiones como un nuevo y radical comienzo, las raíces de su pensamiento pueden rastrearse perfectamente en la Edad Media superada. Los factores históricos, filosóficos y culturales que determinan el contexto en el que situamos el pensamiento cartesiano son complejos, variados y se hallan en gran medida interrelacionados. Vamos a ofrecer una *panorámica general*. Nuestro objetivo fundamental es constatar cómo no es posible entender a René Descartes y su filosofía racionalista sin atender a la *crisis espiritual* que Europa experimentó durante los siglos XIV-XVII y que abrió las puertas a la modernidad. Los cambios decisivos que se operan –y que son la expresión más evidente de esta crisis–, podemos englobarlos en cuatro ámbitos fundamentales:

1) derrumbe del orden social tradicional y búsqueda de un nuevo modo de configuración en clave de *unidad problemática*;

2) en las ciencias, eso conduce al uso y a la búsqueda de *un método matemático-cuantitativo* que intenta comprender el mundo y convertirlo en un objeto de uso;

3) en el ámbito de los valores y principios ello significa la confrontación del individuo cada vez más con sus propias decisiones, un hombre que se descubre en la necesidad de encontrar un *método racional* que guíe su conciencia y le permita alcanzar una certeza personal;

4) y por último, la expresión artística de todos estos vaivenes espirituales, que busca ser el espejo de una conciencia fortalecida al tiempo que de una realidad difícil y convulsa, el *Barroco*, manifestación expresiva de una Europa que se abre a la Modernidad en medio de la Guerra de los Treinta años.

1. El siglo XVII, que coincide con el pleno desarrollo de la Edad Moderna, es una época caracterizada, en líneas generales, por el *afianzamiento del absolutismo*. Este desembocará en la creación de los Estados nacionales, en los que el poder del soberano es absoluto, ya que reúne en su persona los poderes legislativo, ejecutivo y judicial. Al mismo tiempo, surge un incipiente capitalismo, favorecido por la expansión del mercantilismo que contribuye al nacimiento de las grandes compañías comerciales y a la aparición de las primeras bolsas. Esta aparente nueva homogenización del ordenamiento cultural y social no presenta, sin embargo, una imagen diferenciada del mundo. El fundamento supremo de toda unidad en la Edad Media, Dios, se ha convertido en un elemento volátil y fragmentado por la ruptura definitiva de la Iglesia occidental con la *Reforma*.

Las luchas religioso-políticas enfrentan a católicos y protestantes en la Guerra de los Treinta Años (1618-1648). Esta contienda, que implicó a gran parte de Europa, culminó con la Paz de Westfalia (1648), que trajo consigo la generalización de la tolerancia religiosa. Paralelamente tuvo lugar la *Contrarreforma*, reacción católica a la

Reforma luterana, cuyos hitos fundamentales fueron la fundación de la Compañía de Jesús por Ignacio de Loyola y el Concilio de Trento. El problema planteado por Lutero primero y más tarde por Calvino es el problema de encontrar un criterio de verdad para nuestras creencias. ¿Cómo sabemos que un juicio es verdadero? El protestantismo aceptaba que la Biblia era palabra revelada por Dios, verdad incuestionable, pero a su vez aceptaban que era necesaria una interpretación de esta palabra de Dios, puesto que las incoherencias, pasajes oscuros y contradicciones abundaban. Lutero estableció un nuevo criterio religioso, el de que la conciencia está obligada a creer aquello que ella misma se dicta, más allá de la interpretación oficial que pudiera hacer la Iglesia. Para el catolicismo romano esto es inaceptable, porque se mina la autoridad de la Iglesia y su papel de mediadora exclusiva entre Dios y los hombres, condenando a los hombres, además, a la anarquía y el caos. Muy pronto el problema será planteado en la filosofía en términos escépticos: ¿cómo sabemos que nuestras creencias sobre el mundo y el yo son verdaderas?

2. Se produce un *notable progreso de las ciencias*, que se fundamentan sobre la observación y la experimentación. Las matemáticas prosperan de la mano de autores como Descartes y Leibniz. En astronomía destacan Brahe, Galileo o Kepler, que formula las primeras leyes precisas sobre el movimiento de los planetas. Promovidas por el nuevo capitalismo, la nueva ciencia surge de la quiebra de la visión aristotélico-escolástica del mundo. La física aristotélica había considerado a las esferas celestes como poseedoras de leyes propias. Ahora no sólo el hombre y la tierra son desplazados del centro del mundo, sino que ya no hay ámbitos privilegiados, “esferas superiores”, elementos cualitativamente diferenciados. La física moderna, que adopta su forma clásica con Isaac Newton (1643-1727), entiende el universo como un espacio geométrico homogéneo, en el que rigen las mismas leyes, formuladas de modo matemático. Las diferencias cualitativas dejan paso a diferencias cuantitativas. La *matematización de lo real* convierte al microcosmos y al macrocosmos en realidades numerables y abarcables matemáticamente. Paralelo a este desarrollo, se perfeccionan instrumentos de medición ya existentes y se inventan otros nuevos en el campo de la óptica, física de fluidos y neumática. De este modo, a la matematización se suma la *mecanización*, con sus escuelas técnicas y una nada despreciable consecuencia espiritual: interpretación mecánica de la vida del hombre, pasión por lo simétrico y sincrónico, predilección por la imagen de progreso asociada al reloj (Leibniz).

3. *Ideas, valores y principios*. El acceso a los textos originales clásicos, supuso el descubrimiento para la filosofía de que tampoco “los antiguos” habían tenido una doctrina única y que, por tanto, no se encontraban en posesión de la verdad. La ordenación divina del mundo, admitida sin discusión en la Edad Media, comienza a cuestionarse, lo cual implica una cada vez más generalizada crítica a la escolástica, llevada al extremo con la Reforma. Habiéndose demostrado que los referentes anteriores no eran estables, se atribuyó un mayor peso al individuo, a sus convicciones personales y forma de vida, a la interioridad. El cambio de las circunstancias históricas y las diferentes opiniones teológicas dificultaron en gran medida la adopción de un criterio incuestionable para las cuestiones morales. Se fuerza así una valoración reivindicativa del hombre individual y de su libertad, del individuo consciente, racional y moral.

El afán por explicar la razón última, el *porqué* de las cosas, es sustituido por el interés por determinar el *cómo*. Todo ello hace que la filosofía prescinda del criterio de

autoridad y que deposite toda su confianza en los dictámenes de la razón. El siglo XVII es el siglo del *método*. Se cree que sólo la lógica y el método matemático son capaces de descifrar el mundo y este espíritu inaugura una racionalidad que trasciende la “ceguera” de la escolástica, excesivamente centrada en un intelectualismo basado en lo empírico y en lo analógico. Es la aspiración a un *racionalismo* de nuevo cuño, a la autosuficiencia de la razón como fuente de conocimiento. La nueva filosofía del siglo XVII ya no es el ámbito privilegiado de hombres del clero que ejercen de profesores universitarios, tal como sucedía por lo general en la Edad Media. Ahora nos encontramos con profesores particulares, políticos, diplomáticos. La irrupción moderna del pensamiento no procede ya de los ambientes escolásticos, sino que brota de un ambiente intelectual de eruditos laicos y científicos.

¿Qué entendemos por esa aspiración a un *racionalismo* fuente del conocimiento? El término *racionalismo* se refiere primordialmente a la corriente filosófica del siglo XVII a la que pertenecen Baruch Spinoza, G. W. Leibniz, Nicolás Malebranche y René Descartes. Se caracteriza por propugnar la supremacía de la razón sobre el conocimiento sensible. Sus rasgos principales son los siguientes:

a) Consideración de la razón como la única fuente válida de conocimiento. Entre los racionalistas se rechaza el criterio de autoridad y a defender la autosuficiencia de la razón.

b) Infravaloración del conocimiento sensible, al que se considera incapaz de fundamentar un conocimiento universalmente válido.

c) Afirmación de que el conocimiento puede ser construido deductivamente a partir de unos *primeros principios*.

d) Existencia de *ideas innatas*, verdades fundamentales que se hallan potencialmente en el entendimiento, a partir de las cuales la razón obtiene todas las demás por deducción.

e) Aspiración a crear una *ciencia universal*, única y necesaria, adoptando la matemática como modelo de ciencia.

f) Valoración de la *intuición intelectual* como el método más adecuado para el ejercicio del pensamiento.

g) Defensa de la *racionalidad del mundo*. Todo lo que sucede, todo lo que compone la realidad, tiene una justificación que puede conocer la razón.

4. La búsqueda espiritual de un *método*, la necesidad intelectual de certeza, la exaltación de la racionalidad científica y filosófica, tiene un más que singular contrapunto en el ámbito de la expresión artística. Podemos afirmar que el nuevo pensamiento que florece en el XVII luchará, en cierto sentido, frente al impulso de una nueva espiritualidad, militante y revisionista, la Contrarreforma católica. René Descartes, su vida y obra, no serán ajenos a ello. El Barroco es la manifestación de una Europa que vive circunstancias convulsas y deprimentes. La guerra de los Treinta años no es sólo un conflicto bélico

largo y cruel. Pestes, hambrunas, guerras religiosas y nacionales producen en los pueblos un desequilibrio emocional y una exaltación de las pasiones que se traducen, bien en una agria burla o en el reflejo despiadado de la realidad, bien, por el contrario, en una enorme idealización del lenguaje, del paisaje o de la mujer.

En el Barroco puede rastrearse la presencia de distintas líneas de fuerza. Por un lado, encontramos un evidente afán propagandístico del catolicismo. Frente a la sobriedad luterana, la simplicidad y austeridad de sus formas expresivas, el catolicismo pretende mostrar a la vista maravillada de los fieles unos templos desbordantes de riquezas, que anticipan la Gloria. En segundo término, los monarcas absolutos utilizan la arquitectura y la decoración barrocas para deslumbrar a sus súbditos y, sobre todo, para marcar la enorme distancia que media entre el “ungido por Dios” para el ejercicio del poder político terrenal y sus simples súbditos. En último lugar, puede encontrarse también en esta expresión artística la existencia de una profunda decepción de la realidad y de la naturaleza; el arte se convierte en un medio de evasión que se vale del ornato, de lo decorativo, frente a lo estructural, para excitar, sorprender y conmover, con lo cual el círculo se cierra y la lucha contra el subjetivismo protestante termina incurriendo en una singular y *barroca* subjetividad. A fin de cuentas, la percepción, como afirmaría sin duda Descartes, es siempre *subjetiva*.

## II. La filosofía cartesiana.

### René Descartes. Vida y obra.

René Descartes nació en La Haya, aldea de Turena, el 31 de marzo de 1596. De familia de magistrados, fue el tercer hijo del jurista Joachim Descartes, consejero en el Parlamento de Rennes. El amor a las letras y a las artes era tradicional en la familia, algo de lo que el propio Descartes da testimonio: “Desde niño –cuenta en el *Discurso del Método*– fui criado en el cultivo de las letras”. Se educa en el Colegio Real de la Flèche, que dirigían los jesuitas. Allí recibió una sólida educación clásica y filosófica, así como científica y matemática. El curso de filosofía duraba tres años: el primero se dedicaba al estudio de la lógica de Aristóteles; en el segundo año se estudiaba la *Física* y las *Matemáticas*; en el tercer año se explicaba la *Metafísica*. Las lecciones se dividían en dos partes: primero el maestro dictaba y explicaba Aristóteles o Santo Tomás; luego proponía ciertas *quaestiones* sacadas del autor y susceptibles de diferentes interpretaciones. Aislaba la *quaestio* y la definía claramente, la dividía en partes y la desenvolvía en un silogismo, cuya premisa mayor y menor iba probando sucesivamente. Los ejercicios que hacían los alumnos consistían en argumentaciones o disputas. Al final del año algunos de estos certámenes eran públicos. La enseñanza era totalmente objetiva e impersonal, estando las normas de estos estudios minuciosamente establecidas en órdenes y estatutos de la Compañía de Jesús: “Cuiden muy bien los maestros de no apartarse de Aristóteles, a no ser en lo que haya de contrario a la fe o a las doctrinas universalmente recibidas. Nada se defiende ni se enseña que sea contrario, distinto o poco favorable a la fe, tanto en filosofía como en teología”.

Una enseñanza filosófica de esta clase no podía por menos de despertar el ansia de libertad en un joven deseoso de guiarse por sus propias convicciones y principios. Descartes, en el *Discurso del Método*, nos da claramente la sensación de que ya en el colegio sus trabajos filosóficos estaban marcados por ciertas íntimas reservas mentales, por el convencimiento de caminar en una dirección equivocada de la mano de esa filosofía anticuada y convertida en algo quasi sagrado. Su juicio sobre la filosofía escolástica, que aprendió en toda su pureza y rigidez, es por una parte benévolo y por otra radicalmente condenatorio. Concede a esta educación filosófica el mérito de aguzar el ingenio y proporcionar agilidad al intelecto; pero le niega, en cambio, toda eficacia científica: no nos enseña a descubrir la verdad, sino sólo a defender aceptablemente todas las proposiciones.

Descartes abandona la Flèche, terminados sus estudios, en 1612, con un aún indeterminado, pero sí firme, propósito de buscar en sí mismo lo que en el estudio no había podido encontrar. Este es el rasgo renacentista que desde el primer momento mantiene y sustenta toda la peculiaridad de su pensar. Hallar en el propio entendimiento, en el *yo*, las razones últimas y únicas de sus principios, tal es lo que Descartes se propone. Toda su psicología de investigador está encerrada en estas frases del *Discurso del Método*: “Y no me precio tampoco de ser el primer inventor de mis opiniones, sino solamente de no haberlas admitido ni porque las dijieran otros ni porque no las dijieran, sino sólo *porque la razón me convenció de su verdad*”.



En 1616 obtiene en Poitiers la licenciatura en Derecho. Después de pasar ocioso unos años en París, deseó recorrer el mundo y ver de cerca la vida de las gentes, los sucesos que marcan la cotidianidad de la vida de los hombres, pero “más como espectador que como actor”. Entró al servicio del príncipe Guillermo de Nassau –príncipe holandés protestante, cabecilla de la rebelión contra España– y comenzaron los que pudiéramos llamar sus años de peregrinación. Guerreó en Alemania y Holanda; sirvió bajo el duque de Baviera; recorrió los Países Bajos, Suecia, Dinamarca. Nos refiere en el *Discurso del Método* cómo en uno de sus viajes, estando al servicio de Maximiliano de Baviera, retenido por las inclemencias del invierno, comenzó a comprender los fundamentos del nuevo modo de filosofar. Permaneció en París dos años; asistió, como voluntario del ejército real, al sitio de La Rochele y, en 1629, dio fin a este segundo período de su vida de soldado viajero y observador, decidiendo consagrarse definitivamente a la meditación y al estudio.

En sintonía con esta nueva disposición espiritual, decide que París no le conviene; demasiados intereses, amigos, conversaciones, visitas, perturbaban su soledad y su retiro. Siente, además, con fuerza, que Francia no es el lugar más cómodo y libre para el ejercicio de la reflexión filosófica y marcha a Holanda. Vivió veinte años en este país, variando su residencia a menudo, oculto, incógnito, pero manteniendo contactos con los más importantes sabios de su tiempo. Durante estos veinte años escribió y publicó sus principales obras: *El Discurso del Método*, con la *Dióptrica*, los *Meteoros* y la *Geometría*, en 1637; las *Meditaciones metafísicas*, en 1641; los *Principios de la filosofía*, en 1644; el *Tratado de las pasiones humanas*, en 1650.

Su nombre fue pronto celebre y su persona y su doctrina pronto fueron combatidas en el ámbito universitario católico. Uno de los seguidores del cartesianismo, Leroy, empezó a exponer en la Universidad de Utrecht los principios de la filosofía nueva. Los aristotélicos y tomistas protestaron de forma airada, y emprendieron una cruzada contra Descartes. El rector Voetius acusó a Descartes de ateísmo y de calumnia. Los magistrados intervinieron, mandando quemar por el verdugo los libros que contenían la nueva y peligrosa doctrina. La intervención del embajador de Francia logró detener el proceso, pero Descartes hubo de escribir y solicitar en defensa de sus opiniones, y aunque al fin y al cabo obtuvo reparación y justicia, esta lucha cruel, tan contraria a su modo de ser pacífico y tranquilo, acabó por hastiarle y disponerle a aceptar la invitación de la reina Cristina de Suecia para enseñar en su corte.

Su llegada a Estocolmo se produjo en 1649. Fue recibido con los mayores honores. Las crónicas cuentan que un gran número de intelectuales y cortesanos se reunía en la biblioteca de palacio para oírle disertar sobre temas filosóficos, de física o de matemáticas. Descartes no tuvo demasiado tiempo para disfrutar de esta brillante y, por fin, tranquila situación. En 1650, al año de su llegada a Suecia, murió, acaso por no haber podido resistir su delicada constitución los rigores de un clima tan extremo. Tenía cincuenta y tres años. La muerte no dejó en paz al pensamiento cartesiano. Comenzó entonces una fuerte persecución contra el cartesianismo. En 1667 sus restos fueron trasladados a París y enterrados en la iglesia de Saint-Etienne du Mont. El día del entierro, cuando Lallemand, canciller de la Universidad, se preparaba para pronunciar el elogio fúnebre del filósofo, llegó una orden superior prohibiendo que se dijera una palabra. Los libros de Descartes fueron incluidos en el *Índice* de libros prohibidos por la censura eclesiástica. Los jesuitas, antiguos maestros del filósofo, lograron que la Universidad de la Sorbona rechazara de pleno el pensamiento de Descartes, y pidieron al Parlamento la

proscripción de su filosofía. Algunos conocidos clérigos hubieron de sufrir no poco por su adhesión a las ideas cartesianas y, como colofón a esta desgraciada historia, durante no poco tiempo fue crimen en Francia el declararse cartesiano.

Después de la muerte del filósofo, se publicaron: *El mundo, o tratado de la luz* y *Cartas de René Descartes sobre diferentes temas*. En la edición de las obras póstumas de Ámsterdam (1701), se publicó por vez primera el tratado inacabado: *Regulæ ad directionem ingenii*, importantísimo para el conocimiento del método.

## 1. La necesidad filosófica de certeza.

En el epitafio escrito en la tumba de Descartes podemos encontrar una singular descripción de su filosofía no exenta de ironía, una síntesis de sus intenciones filosóficas que se nos presentan como una más que notable caracterización del espíritu moderno: “Tratando en sus ocios invernales de conjuntar los misterios de la naturaleza con las leyes de las matemáticas, aventuró la esperanza de poder abrir los arcanos de ambas con la misma llave”. ¿Se cumplió su esperanza? El objetivo de esta exposición teórica del pensamiento cartesiano intenta responder a esta pregunta, además de aclarar el entronque de Descartes con la filosofía precedente, su influjo en la posterior y sus relaciones con la fe religiosa y la ciencia. Nadie encarna mejor el moderno ideal de la certeza matemático-filosófica que Descartes, a quien sin duda podemos calificar de creador de la geometría analítica y la filosofía modernas. De él debemos reiterar, que fue, a la vez, físico y metafísico, buen cristiano y racionalista absoluto, defensor de la fe e iniciador de la incredulidad moderna, es decir, el hecho de que su obra está unida de forma íntima con las contradicciones propias una nueva conciencia que busca su lugar en la realidad.

Hallar un saber cierto y fiable fue algo que desde el comienzo de su experiencia filosófica preocupó a Descartes. Para él es evidente que el objetivo fundamental de la filosofía no es otro que lograr aprehender la verdad valiéndose de la razón. Se sintió desde un principio atraído por la certeza de las disciplinas matemáticas y la evidencia de sus argumentos, así como hastiado de la filosofía tradicional aristotélico-escolástica. ¿Para que vale una filosofía cuyas bases científicas son totalmente inseguras? En el inicio del *Discurso del método* nos indica con claridad cómo los dos libros en los que el hombre medieval buscaba la verdad, el libro de la naturaleza y la Biblia van a ser substituidos por los “dos libros del hombre moderno”: el del *mundo* y el del propio *yo*. La condena a Galileo, aprobada por el papa Urbano VIII en 1633, causará en Descartes una gran conmoción. Venía avalada por la Biblia, en apariencia, pero se basaba en la imagen medieval del mundo, en la autoridad de un pensador tan lejano en el tiempo como Aristóteles, con cuyas teorías físicas, biológicas y filosóficas se identificaba, forzosamente, la imagen del mundo de la Biblia. Ante esta situación la filosofía tiene un cometido, que en Descartes adquiere los tonos de un discurso con pretensiones totalizadoras y universales: “Filosofía significa el estudio de la sabiduría, y por sabiduría entiendo no solamente la prudencia en la acción, sino también un conocimiento perfecto de todas las cosas que el hombre puede conocer, tanto para la dirección de su vida y la conservación de su salud como para la invención de todas las artes” (*Principios de la filosofía*).

Frente a tal aspiración, las partes I y II del *Discurso del método* nos muestran la existencia de una flagrante contradicción: por un lado, la constatación positiva de que la inteligencia humana “es la cosa mejor repartida del mundo (*Disc. I*); por otro, la triste

evidencia de que el conocimiento humano está en la misma situación que los edificios, las ciudades y los Estados en cuya creación intervienen muchos hombres, tan confuso que es imposible afirmar nada con certeza (*Disc. II*). Para superar tal contradicción, tan sólo es necesario un cambio de perspectiva, una nueva metodología que permita alcanzar adecuadamente el conocimiento verdadero. Aplicar el *método*. Pero, ¿hay algún referente válido al respecto? ¿Existe alguna disciplina fiable que nos aporte un modelo metodológico? La lógica tradicional desde luego no, ensimismada desde siglos atrás en deducciones que no aportan nada al incremento de nuestros conocimientos. Frente a esta lógica tradicional, no demostrable y tan sólo apoyada en argumentos probables, en los que la confusión es total, Descartes reivindica el modelo de las ciencias compuestas de proposiciones o juicios demostrables, por ejemplo las matemáticas, en las que sí pueden hallarse verdades. Pero lo que Descartes desea no es descubrir un sinnúmero de verdades particulares y aisladas, sino desarrollar un sistema coherente de proposiciones verdaderas en el que no se aceptara como verdadero o supuesto nada que no fuera evidente por sí mismo e indudable.

La necesidad de una nueva fundamentación para el conocimiento, es la necesidad de un método unitario exento de contradicción, un método que sirva para todos los campos del saber y que se enfrente a todos los prejuicios y costumbres, a todo aquello que ponga obstáculos a la evidencia. Será, pues, en la matemática, en la geometría, donde encuentre las intuiciones clave para su nueva filosofía, buscando que lo matemático impregne a las demás ciencias. Es este un pensamiento que quiere ser *claro y distinto*, y cuyas aspiraciones se pueden sintetizar en cuatro principios básicos:

- a) un plano más elevado de verdad, la evidencia que se expresa con conceptos claros y bien definidos;
- b) un conocimiento no basado en los inseguros datos sensibles;
- c) un pensamiento metódico, que procede paso a paso, por evidencias, de lo conocido a lo desconocido, de lo simple a lo complejo;
- d) una analogía, expresión moderna por antonomasia, entre el orden de la matemática y el de la naturaleza.

A la vista de la enorme variedad de opiniones, del carácter plural, contradictorio y fragmentario del conocimiento y de sus métodos, Descartes se ve forzado a tomar la tarea de “dirigirse a sí mismo” (*Disc. II*). Es más que mordaz su valoración del esfuerzo filosófico de los últimos dos mil años: “Nada opinaré sobre la filosofía. Únicamente viendo que había sido cultivada por los ingenios más destacados que han existido desde siglos y que, sin embargo no existe cuestión alguna sobre la que aún no se discuta y que no sea dudosa” (*Disc. I*). Es por ello que sus consideraciones no aspiran al conocimiento sin más, no quiere caer en un intelectualismo desencarnado, sino que aspira a un saber provechoso para la vida. La teoría es el medio para realizar una praxis racional que volverá al hombre más sabio y más capaz. En un interesantísimo pasaje del *Discurso del método*, nos transmite cuáles son sus intenciones, su estado de ánimo intelectual frente a la tarea que quiere emprender. Con una notable modestia, afirma que sus designios no han sido nunca otros que “tratar de reformar mis propios pensamientos y edificar sobre

un terreno que me pertenece a mí solo; si, habiéndome gustado bastante mi obra, os enseñe aquí el modelo, no significa esto que quiera yo aconsejar a nadie que me imite” (*Disc. II*).

Valiéndose del urbanismo como símil, nos advierte que tal empresa tiene como objetivo “suprimir”, “derribar”, para después, sobre un fundamento sólido, “construir”, “edificar”. Desmontar las viejas ideas, “emprender de una vez la labor de suprimirlas, para sustituirlas luego por otras mejores o por las mismas, cuando las hubiere ajustado al nivel de la razón”, es decir, comprobadas verazmente con una metodología racional y adecuada, levantadas sobre sólidos cimientos. Esta opción intelectual es la única que se le presenta como honesta. Con ella tiene la certeza personal, individual, de dirigir su vida mucho mejor que si se contentase con “edificar sobre cimientos viejos”, es decir, apoyándose solamente en los principios que había aprendido siendo joven, en la seguridad acrítica de la escolástica tomista, una empresa intelectual ésta de dispersión, condenada al fracaso, la reiteración y el inmovilismo.

## 2. El método.

El proyecto de Descartes, su *método*, es una reforma que pretende revisar todo el saber para eliminar de él todo aquello que se ha admitido sin un examen suficiente y edificarlo de nuevo sobre unos cimientos más sólidos, sobre verdades indudables, un proceso de *deconstrucción-construcción* del conocimiento. La clave está en determinar qué se considera verdadero desde la perspectiva exclusiva de la razón. El criterio de verdad último es siempre la razón y no los sentidos, de los que hay que desconfiar. Para evitar ser considerado como un hereje o un revolucionario, Descartes se esfuerza por reiterar que esta reforma que va a emprender es una “tarea personal” y que no todos los hombres están capacitados para este trabajo.

Descartes ha observado la variedad de los saberes y de las costumbres, y reconoce que el escepticismo y el relativismo tienen cierta base. Para superar esta situación es necesario buscar la verdad más allá de las opiniones de los otros, por más sabios que sean. Por ello emprende la tarea de buscarla él mismo. Nos dice el *Discurso* que toma la resolución de avanzar lentamente, indagando en el verdadero método, estableciendo una serie de reglas ciertas y de fácil aplicación mediante las cuales, siguiéndolas paso a paso y partiendo de proposiciones evidentes, se pudiera alcanzar el verdadero saber. El *more geometrico*, el método matemático aplicado al ámbito filosófico, permite avanzar de forma cuidadosa, metódica (“avanzar tan lentamente y usar tal circunspección que aunque avanzase muy poco, al menos, me cuidara al máximo de caer”, *Disc. II*), desde el saber básico, intuitivo y evidente, hasta un saber cada vez más complejo.

Los orígenes del método están, según nos cuenta Descartes en el *Discurso*, en la lógica, el análisis geométrico y el álgebra. El gravísimo defecto de la lógica de Aristóteles es, como hemos visto, su incapacidad de invención, de ampliar el conocimiento. El silogismo no puede ser método de descubrimiento, puesto que las premisas –so pena de ser falsas– deben ya contener la conclusión. Ahora bien, Descartes busca reglas fijas para *descubrir* verdades, no para *defender* tesis o *exponer* teorías. Por eso el procedimiento matemático es el que, desde un principio, llama poderosamente su atención; este procedimiento se encuentra realizado con máxima claridad y eficacia en los métodos analíticos de los antiguos, métodos que él pretende poner al día despojándolos

de sus defectos (excesiva complejidad, fatigosos, confusos, distorsionan del ingenio) y unificándolos y sintetizándolos en cuatro *preceptos* o *reglas*.

Las cuatro reglas, expuestas en la segunda parte del *Discurso del método*, sintetizan cómo debe ser cualquier proceso epistemológico que aspire con rigor a la verdad, a un conocimiento estable e indudable. Un proceso éste de INTUICIÓN (reglas 1 y 2)-DEDUCCIÓN (reglas 3 y 4), de ANÁLISIS (reglas 1 y 2), es decir, llegar a las naturalezas simples o ideas claras y distintas-SÍNTESIS (reglas 3 y 4) o reconstrucción deductiva de lo complejo partiendo de lo simple. El itinerario que plantean exige, en primer lugar, considerar sólo como verdadero el conocimiento seguro y evidente. A continuación, cada problema debe descomponerse en tantas partes como su solución exija, para, como tercer paso, configurar del contenido del saber a partir de los elementos más sencillos y, en último término, englobar todos los elementos exigidos por un conocimiento amplio.

I	INTUICIÓN (reglas 1 y 2)	I	ANÁLISIS (reglas 1 y 2)
II	DEDUCCIÓN (reglas 3 y 4)	II	SÍNTESIS (reglas 3 y 4)

Pasemos a enumerar y analizar estas reglas.

1. *Regla de la evidencia*. No reconocer nunca como verdadera ninguna cosa si “no la había conocido evidentemente como tal”. Es decir, evitar la precipitación y la prevención, “admitiendo en mis juicios sólo aquello que se me presentase tan *clara* y *distintamente* que no hubiera modo de ponerlo en duda”.

La regla propone la *evidencia*, como criterio de la verdad. Lo verdadero es lo evidente y lo evidente es, a su vez, definido por dos notas esenciales: la *claridad* y la *distinción*. “Clara” es una idea cuando está separada y conocida separadamente de las demás ideas. “Distinta” es una idea cuando sus partes o componentes son separados unos de otros y conocidos con interior claridad. La verdad o falsedad de una idea no consiste para Descartes, a diferencia de los escolásticos, en la adecuación o conformidad con las “cosas del mundo”. En efecto, las cosas existentes no nos son dadas en sí mismas, sino como ideas o representaciones a las cuales *suponemos* que corresponden realidades fuera del yo. Pero el material del conocimiento no es nunca otro que ideas –de diferentes clases–, y, por tanto, el criterio de la verdad de las ideas no puede ser extrínseco, sino que debe ser interior a las ideas mismas. De esta forma, la filosofía moderna inicia, con Descartes, una forma renovada de *idealismo*. Incluye el mundo en el sujeto; transforma las cosas en ideas, tanto que uno de los problemas fundamentales de la filosofía cartesiana será el de “salir del yo” y dar el paso de las ideas a las cosas.

2. *Regla del análisis.* Dividir cada una de las dificultades que examine en tantas partes como sea posible y necesario para poder resolverlas del mejor modo.

Dada una dificultad, planteado un problema, es preciso ante todo considerarlo en bloque y dividirlo en tantas partes como se pueda. Pero ¿en cuantas partes dividirlo? ¿Hasta dónde ha de llegar el fraccionamiento de la dificultad? ¿Dónde deberá detenerse la división? La división deberá detenerse cuando nos hallemos en presencia de elementos del problema que puedan ser conocidos inmediatamente como verdaderos y de cuya verdad no pueda caber duda alguna. Tales elementos simples son siempre las *ideas claras* y *distintas* de las que hemos hablado en la primera regla.

3. *Regla de la síntesis.* Conducir mis reflexiones ordenadamente, “comenzando por aquellos objetos que sean más simples y fáciles de comprender, para ascender, poco a poco, gradualmente, al conocimiento de los más complejos”.

4. *Regla de la enumeración.* Por último, hacer en todos los casos enumeraciones tan complejas y revisiones tan generales que tuviera la seguridad de no dejar nada fuera.

Las dos últimas reglas se refieren a la concatenación o enlace de las intuiciones, lo que llama Descartes *deducción*. Es la deducción, para Descartes, una enumeración o sucesión de intuiciones, por medio de la cual, vamos pasando de una a otra verdad evidente, hasta llegar a la que queremos demostrar. El análisis deshizo la compleja dificultad en elementos o naturalezas simples. Ahora, recorriendo estos elementos y su composición, volvemos, de evidencia en evidencia, a la dificultad primera en toda su complejidad; pero ahora volvemos *conociendo*, es decir, intuyendo una por una las “ideas claras”, garantía última de la verdad del todo. El método permite un conocimiento verdadero, dado que “conocer” es “intuir”, captar intelectualmente de modo infalible, las naturalezas simples (ideas) y las relaciones entre ellas, que son, a su vez, también naturalezas simples. ¿Cuál es el alcance y los límites de semejante afirmación? Descartes reconoce que lo que más satisfacción le producía de este método era que, siguiéndolo, “estaba seguro de utilizar en todo mi razón, si no de un modo absolutamente perfecto, al menos de la mejor forma que estaba a mi alcance” (*Disc. II*).

Descartes nos explica en el *Discurso* cómo la geometría le había ofrecido la inspiración para desarrollar este método universal de conocimiento. La contemplación y estudio de sus largas cadenas de postulados y axiomas, de razones simples a partir de las cuales alcanzar demostraciones cada vez más complicadas, le habían permitido imaginar “que todas las cosas que caen bajo el conocimiento de los hombres se entrelazan de igual forma” (*Disc. II*). El *método* puede servir de modelo para todo el saber. Si se aplica correctamente, no puede haber nada que no se pueda conocer. Por ello, Descartes amplía su aplicación a otros ámbitos matemáticos como la aritmética y el álgebra, perfeccionando su manejo y habituándose a utilizar la razón rigurosamente, ya que sólo ella puede proporcionar un conocimiento evidente y verdadero. Todo el saber, que Descartes quiere *refundar*, puede compararse a un árbol. Su raíz es la metafísica, un discurso entendido como fundamentación, una síntesis metodológica de ontología y epistemología, reflejada magistralmente por el *Discurso del método*. Junto a ella, la física, el tronco de este árbol del saber, mientras que la mecánica, la medicina y la ética

representan las ramas. A estas últimas, necesarias para el desarrollo de la vida del hombre, tiende todo

El método está listo, ha sido probado con disciplinas cercanas a su esencia y ha funcionado. Sin embargo, queda el escollo más importante: “iniciar la reconstrucción de la casa en la que se habita” (*Disc.* III), hacer de nuevo “habitabile” la casa del saber por antonomasia, refundar la filosofía. Y Descartes tiene sus reparos. No se siente aún preparado para aplicarlo a la filosofía porque no encuentra en ella ningún principio seguro. Es necesario ir más allá del estado de confusión en el que se encuentra el saber filosófico, poner a la filosofía en cuarentena, *dudar* como principio metodológico. Pero antes, durante el tiempo de revisión que se avecina, en el que se van a poner en duda todas las convicciones teóricas, es necesario dotarse de una “moral provisional”. Es ésta, de nuevo, una estrategia metodológica en forma de cuatro *máximas*, para alivio de dudas radicales e impulsos irracionales, mientras se intenta “pensarlo todo de nuevo”.

En primer lugar, es su deseo, reiterado éste una y mil veces, respetar la religión y las leyes y costumbres de su país, gobernar la propia vida de acuerdo con las ideas más razonables y moderadas que pudiera hallar en su entorno, no contrayendo, a su vez, ningún compromiso que posteriormente le impidiese puntos de vista mejores. La segunda máxima prescribe ser firme y decidido en las acciones, siguiendo una línea recta en los casos dudosos y rechazando cualesquiera opiniones que conllevasen duda o conflicto de intereses. Y, como punto tercero, una advertencia frente a la tentación y el deseo que ignora las posibilidades verdaderas: “acostumbrarme a pensar que no existe nada que esté enteramente en nuestro poder con excepción de nuestros pensamientos” (*Disc.* III). La conclusión de estas tres máximas es una cuarta, a modo de síntesis, una reivindicación del valor de la razón y de la exigencia de su uso correcto: “emplear toda mi vida en cultivar mi razón y avanzar tanto como pudiere en el conocimiento de la verdad, siguiendo el método que me había prescrito” (*Ibid.*). Pero, para lograrlo, reiterémoslo, es necesario *dudar*, poner entre paréntesis el universo filosófico en busca de la *certeza indudable*.

### **3. El *cogito* y el criterio de verdad.**

*La duda como una deconstrucción del saber y de la realidad.*

Descartes se pregunta, usando para ello una expresión de resonancia bíblica, “cómo puede el hombre asentar sus pies en roca viva”, cómo desarrollar un conocimiento de la realidad, un método para adquirir creencias verdaderas que esté libre de error. Pues bien, el camino para lograrlo pasa, en primera instancia, por la *duda metódica*, por dudar radicalmente poniendo entre paréntesis nuestra experiencia de la realidad y los saberes que se asocian a dicha experiencia. Decir que el punto de partida es la *duda metódica* exige una aclaración. ¿Qué es realmente este dudar? La duda cartesiana no busca el escepticismo, sino un procedimiento dialéctico de investigación, encaminado a desprender y aislar la primera verdad evidente, la primera idea “clara y distinta”, la primera naturaleza simple. La duda, en suma, es la aplicación al problema del conocimiento del análisis racional. El objetivo es hallar una verdad fundamental que sea *incorregible* y que sirva de base a todas las demás.

Para que el hombre, con todos sus errores reales y posibles, pueda llegar a un fundamento inquebrantable y permanente debe deshacerse de todo aquello a lo que había

dado crédito y empezar de nuevo, desde los fundamentos: “he advertido hace ya algún tiempo que, desde mi más temprana edad, había admitido como verdaderas muchas opiniones falsas, y que lo edificado sobre cimientos tan poco sólidos tenía que ser por fuerza dudoso e incierto” (*Meditaciones metafísicas* I). Deshacerse de estas opiniones no es una tarea apropiada para personas excesivamente jóvenes. Con un gran regusto platónico, Descartes afirma que empresa tan arriesgada exige diferirla hasta la edad madura y dotarse de aquella moral provisional, un tanto conformista, útil para la espera del momento en el que poder fundamentar de modo absoluto y cierto el conocimiento “claro y distinto”.

Un hombre que duda, constata que se puede dudar de casi todo, de todas las cosas, sobre todo de las materiales. Para evidenciar esto no es necesario examinarlo todo pues sería una tarea más apropiada para un Dios que para un hombre. Bastará con dirigir los ataques sobre los principios en los que destacan las opiniones antiguas, cuya justificación filosófica se encuentra en el aristotelismo-tomismo escolástico: “la ruina de los cimientos lleva necesariamente consigo la de todo el edificio”. (*Med.* I) ¿Cuáles son estos fundamentos? La existencia de un mundo físico, cognoscible por el hombre mediante los sentidos y salvaguardado en su realidad y armonía por un Dios que ha hecho de él el “mejor de los mundos posibles”. Dudar de la existencia y el valor de estos fundamentos se nos presenta como un proceso secuenciado en etapas, que encontramos tanto en las *Meditaciones metafísicas* como en el *Discurso del método*. Esta duda metódica, que está al alcance del hombre gracias a su libertad, y se trata de una estrategia para caprichosa y sí fundada racionalmente. La forma escalonada de los motivos para dudar presentados por Descartes, hace que la duda adquiera la máxima radicalidad. Analicemos dicho proceso.

1. Dado que la inmensa mayoría de las cosas que admitimos como verdaderas las hemos aprendido de los sentidos o por ellos, y que hemos experimentado más de una vez que nos engañan, “es prudente no fiarse nunca por entero de quienes nos han engañado ya una vez” (*Med.* I). La primera y más obvia razón para dudar de nuestros conocimientos se halla, por tanto, en las “falacias de los sentidos”, que nos inducen a veces a error. La percepción sensible no es de fiar. La certeza del mundo exterior es dudosa.

2. Podemos dudar de que las cosas sean como las percibimos por medio de los sentidos, pero ello no nos permite dudar de que existan las cosas que percibimos. De ahí que Descartes añada una segunda razón que radicaliza la duda: entre sueño y vigilia no puede establecerse una distinción cierta. A veces los sueños nos muestran mundos de objetos con extrema viveza y, al despertar, descubrimos que no existen.

Estos dos primeros niveles plantean razones normales para dudar. Las ilusiones sensoriales indican que hay cierta base para cuestionar nuestra experiencia sensorial ordinaria. La posibilidad de que toda nuestra experiencia sea parte de un sueño, nos permite encontrar una ocasión para dudar de la realidad de todo aquello que conocemos y de toda la realidad del mundo. Descartes llega al extremo de plantear la idea de que todos los juicios perceptivos estén equivocados, y que el mundo exterior pudiera no existir. Al igual que en el *escepticismo* antiguo, Descartes presenta los engaños de los sentidos y la inestabilidad de la imaginación como una justificación veraz de lo limitado del *conocimiento perceptivo*. Esto, sin embargo, aun poniendo en evidencia la existencia concreta, por ejemplo, de la física, la astronomía, la medicina y todas las ciencias de la



“naturaleza corpórea en general”, no cuestiona el valor de verdad de las matemáticas y sus afines, las cuales no se preocupan de si sus objetos existen o no en la naturaleza: “pues duerma o esté despierto, dos más tres serán siempre cinco, y el cuadrado no tendrá más de cuatro lados” (*Med. I*).

3. La imposibilidad de distinguir la vigilia del sueño permite dudar de la existencia de las cosas y del mundo, pero no parece afectar a ciertas verdades como las matemáticas: dormidos o despiertos, los tres ángulos de un triángulo suman 180 grados. Verdades tan evidentes cuesta trabajo creer que sean falsas, es más, sólo en un mundo radicalmente equivocado podría ponerse en cuestión el valor de verdad de las proposiciones analíticas y matemáticas. Y sin embargo, no dice Descartes, si afirmamos la existencia de un Dios creador de todo, Todopoderoso, “¿quién nos asegura que tal Dios no haya procedido de manera que no exista tierra, ni cielo, ni cuerpos extensos, ni figura, ni magnitud, ni lugar, pero a la vez de modo que yo sí tenga la impresión de que todo eso existe tal y como veo [...] que haya querido que me engañe cuantas veces sumo dos más tres, o cuando enumero los lados de un cuadrado?” (*Ibid.*).

Si Dios es la suma bondad y la suma perfección, fuente suprema de verdad, puede que no se trate de él cuando intentamos identificar a un engañador de tal clase. De ahí que Descartes añada el último y más radical motivo de duda: tal vez exista “cierto *genio maligno*, no menos engañador que poderoso, el cual ha usado toda su industria en engañarme” (*Ibid.*).

<b>MOTIVOS DE LA DUDA</b>		
<p><b>1º.</b> La primera y más obvia razón para dudar de nuestros conocimientos se halla en las “falacias de los sentidos”, que nos inducen a error muchas veces. La percepción sensible no es de fiar. La certeza del mundo exterior es dudosa.</p>	<p><b>2º.</b> Entre sueño y vigilia no puede establecerse una distinción cierta. En ocasiones los sueños nos muestran mundos de objetos con extrema viveza y, al despertar, descubrimos que no existen.</p>	<p><b>3º.</b> Nadie nos asegura que Dios no haya procedido de manera que no exista nada, pero a la vez de modo que yo sí tenga la impresión de que todo existe tal y como veo y que haya querido engañarme. Puede que en vez de él exista un <i>genio maligno</i>,</p>
<p><b>Conclusión parcial de la duda metódica:</b> todo puede y debe ser cuestionado en la búsqueda de la certeza radical. Ninguna proposición, por evidente que parezca en su verdad, debe se eximida de su puesta en suspensión.</p>		

Vemos que después de haber examinado diferentes razones para dudar de todo, tras los dos primeros momentos de duda metódica, quedaban todavía en pie las verdades matemáticas, tan simples, claras y evidentes, que pareciera que la duda no pudiera hacer mella en ellas. Pero Descartes también las rechaza fundándose en la consideración de que acaso maneje el mundo no un Dios omnipotente, sino un ser lleno de tal malignidad y astucia, que se complace en engañarme y burlarme a cada paso, aun en las cosas que más evidentes me parecen. Esta hipótesis ha sido diversamente interpretada; quién la tacha de fantástica y superflua, suponiendo que Descartes lo dice por juego y sin creer en ella;

otros, por el contrario, la consideran muy seria y fuerte, hasta el punto de creer que encierra el espíritu en tan definitiva duda, que no cabe salir de ella sin contradicción. En el siglo XVII había teólogos convencidos de que ocasionalmente Dios mismo podía inducir a error al hombre para llevar a cabo su plan de salvación. Además, Descartes era de la opinión de que las leyes fundamentales de la creación estaban supeditadas a la voluntad divina, que podía cambiarlas según sus propios planes e intereses para con la humanidad.

Descartes no piensa, por supuesto, que se pueda dudar de las matemáticas. Pero buscar la verdad absoluta tiene sus exigencias, y la primera, ya lo hemos dicho, es llevar la duda al límite, desprenderse de todo lo anterior, aun cuando la posibilidad de duda se apoye tan sólo en una hipótesis ficticia como la del *genio maligno*. Podemos aventurarnos, en segundo término, a afirmar que el *genio maligno* y sus artes de engaño simbolizan la duda profunda de si en general la ciencia es posible. ¿Es lo real cognoscible, racional? ¿No será acaso el universo algo totalmente inaprensible por la razón humana, algo esencialmente absurdo, irracional, incognoscible? Ninguna proposición, por evidente que parezca en su verdad, debe ser eximida de su puesta en suspensión. Esta estrategia, pensamos, es la que subyace bajo el ropaje dialéctico de la hipótesis cartesiana del *genio maligno*.

#### *La certeza radical del yo.*

Descartes afirma: “Arquímedes para levantar la tierra pedía un punto de apoyo firme e inmóvil; también yo tendré derecho a concebir grandes esperanzas si tengo la fortuna de hallar sólo *una cosa cierta e indudable*” (*Med.* II). Toda certeza parece estar arruinada y, sin embargo, la misma duda universal y radical es precisamente la que genera la nueva certeza fundamental: “Pero advertí luego que, queriendo yo pensar, de esa suerte, que todo es falso, era necesario que yo, que lo pensaba, fuese alguna cosa; y observando que esta verdad: *pienso, luego soy*, era tan firme y segura que las más extravagantes suposiciones de los escépticos no son capaces de conmoverla, juzgué que podía recibirla sin escrúpulo, como el primer principio de la filosofía que andaba buscando” (*Disc.* IV). Pienso, luego soy”. No se trata de una deducción lógica, de una conclusión formal de un principio general, por el que el pensamiento supone un sujeto en el caso concreto, sino de la intuición que viene inmediatamente dada con el acto de pensar: *yo soy un ser pensante*. Mientras dudo pienso, y en cuanto que dubitante y pensante tengo que existir. Así, a través de todas las dudas, se encuentra el punto de apoyo de Arquímedes. La base primera de la filosofía cartesiana es, pues, *cogito ergo sum*: “pienso, luego soy”. Ya lo hemos dicho, no es el *cogito* un razonamiento, sino una intuición, la intuición del yo como primera realidad y como realidad pensante. El yo es la naturaleza simple que, antes que ninguna, se presenta a mi conocimiento; y el acto por el cual el espíritu conoce las naturalezas simples es una intuición. Se yerra, pues, cuando se considera el *cogito* como un silogismo, v. gr., el siguiente: “todo lo que piensa existe; yo pienso, luego yo existo”.

La duda se ha detenido, vemos, en este pensamiento fundamental, en el hecho básico y esencial de que, al dudar, se piensa que se duda. El *cogito* es la evidencia primaria, la idea clara y distinta por excelencia. Esta proposición es valorada por Descartes como una verdad incontrovertible, como *el criterio de verdad* que andaba buscando. Habiendo hallado la primera verdad, Descartes se apresura a sacar de ella todo

el provecho posible. Partiendo de este punto inamovible y seguro pone en marcha todas las cuestiones básicas de la filosofía, y, en primer lugar, la naturaleza del propio yo. Sabemos con certeza que somos, pero no *qué* somos. Tal dilucidación no puede realizarse utilizando el lenguaje y los conceptos tradicionales de la filosofía aristotélico-tomista, sino que exige explorar los caminos ya emprendidos, indagar en aquello conocido ya con certeza indudable. De la definición de mi propia naturaleza, tan sólo sé, lo cual no es poco, que soy una cosa verdadera y verdaderamente existente. Pero, ¿qué cosa? “Ya lo he dicho: una cosa que piensa. ¿Y qué es una cosa que piensa? Es una cosa que duda, que entiende, que afirma, que niega, que quiere, que no quiere, que imagina también, y que siente” (*Med. II*). El acto de pensar engloba todos los contenidos de la conciencia, eso sí, tan sólo en la medida en que pertenecen a mi conciencia. Sin ella, no hay realidad ni mundo.

El *cogito*, el “pienso”, es, por una parte, la primera existencia o sustancia conocida, la primera naturaleza simple. En el pensamiento radica, única y exclusivamente, la naturaleza del yo, la esencia de la realidad humana. A este yo, *res cogitans*, le corresponde esas propiedades del pensar, del sentir, del querer, igual que a las cosas del mundo físico les corresponde, por ejemplo, el color o la gravedad; por otra parte, es también la primera intuición, el primer acto del conocer verdadero. Del *cogito* puede, pues, desprenderse *el criterio de toda verdad*, a saber: toda intuición de naturaleza simple es verdadera, o, en otros términos, *toda idea clara y distinta es verdadera*.

Somos *seres pensantes*, lo cual parece indicarnos un “tipo de acción” vinculada a nuestra esencia y no una “capacidad”. Si esta actividad –pensar– cesara, dejaríamos de existir, por lo que Descartes se ve obligado a concluir que nuestro espíritu, nuestro yo, *siempre piensa*. El hecho de que olvidemos una y otra vez aquello que pensamos, la prontitud con la que perdemos la conciencia de nuestro ser pensante, no mina la certeza de que nuestra existencia persiste todo el tiempo que nosotros pensamos, es decir, siempre. ¿Por qué entonces, se pregunta Descartes, se ha considerado siempre, injustamente, la percepción sensible como mucho más fiable que nuestro propio yo? ¿Por qué se ha atribuido a la percepción la capacidad de ser la única portadora y dispensadora del criterio de verdad? Porque es el resultado de un pensar erróneo. Pero, lo más curioso e iluminador de todo, es que esta forma equivocada de plantear el conocimiento, se nutre, en el fondo, de una verdad innegable: el conocimiento sensible es en definitiva un proceso espiritual. Leemos al comienzo de la *meditación tercera*: “Sin embargo, he admitido antes de ahora, como cosas muy ciertas y manifiestas, muchas que más tarde he reconocido ser dudosas e inciertas. ¿Cuáles eran? La tierra, el cielo, los astros y todas las demás cosas que percibía por los sentidos. Ahora bien: ¿qué es lo que concebía en ellas como claro y distinto? Nada más, en verdad, que las ideas o pensamientos de esas cosas que se presentaban a mi espíritu?” (*Med. III*). No hay nada que podamos conocer mejor que nuestro propio espíritu, y es la autoconciencia de ese espíritu el punto de partida de cualquier conocimiento nuevo y posterior.

Al poner Descartes el fundamento de su filosofía en el yo, acude a dar satisfacción a la esencial tendencia del nuevo sentido filosófico que se manifiesta con el Renacimiento. De lo que se trata es de explicar *racionalmente* el universo, es decir, de explicarlo en función del hombre, en función del yo. Era, pues, preciso empezar definiendo el hombre, el yo, y definiéndolo de suerte que en él se hallaran los elementos bastantes para edificar un sistema del mundo. La filosofía moderna, con Descartes, entra en su fase idealista y racionalista. Lo que es este yo, el espíritu, no se advierte de sus objetos, sino que se capta

directamente de la *interioridad* como evidencia acerca de uno mismo. Es esta una visión ya explorada desde la antigüedad. Platón o san Agustín dan cuerpo a una doctrina del hombre que encuentra su razón de ser en la vida interior. Pero no sólo estos maestros idealistas resuenan en la filosofía cartesiana de *yo*: “si uno busca fuera lo que es parte de sí mismo, queda a merced de los caprichos de la fortuna” (Séneca, *Carta a Lucilio IX*).

#### 4. Pruebas para demostrar la existencia de Dios.

*De la certeza del yo a la certeza de Dios.*

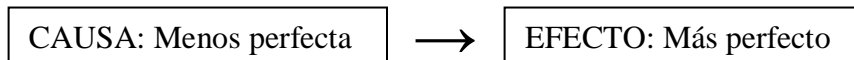
El momento de la certeza del *cogito* es un momento *inmanente*, es decir brota y tiene lugar en el propio sujeto que piensa. Descartes aspira a salir lo antes posible del fenómeno de la conciencia que se piensa a sí misma con la intención de hallar una realidad que pueda garantizar la existencia de todas las realidades. Va llevando, progresivamente, el análisis de nuestro pensamiento y sus capacidades hacia una solución cada vez más positiva de la realidad. La evidencia de nuestras ideas, del hecho *claro y distinto* de la actividad de nuestro pensamiento, se convierte en la evidencia de Dios y, por extensión, del mundo.

¿Por qué Dios es tan necesario a estas alturas de su reflexión? Porque Descartes necesita probar que tanto el mundo exterior como el conocimiento recibido a través de los sentidos no es un sueño, un permanente engaño. El momento inmanente va por ello a transformarse en *transcendente*. En última instancia, la “garantía” de que nuestros actos mentales tienen una base sólida, de que es posible conectar el *cogito* con la exterioridad y consigo mismo, sólo puede basarse en la existencia de un ser superior que se presente en nuestro pensamiento de forma clara y evidente. Y sin embargo, el racionalista Descartes nos explica que el *yo* llega desde la certeza de su existencia como ser pensante a la existencia de Dios, no desde el mundo, desde la realidad exterior, sino única y exclusivamente desde sí mismo. Una circularidad que, veremos, por ello afecta también a la relación alma-cuerpo, alma-mundo físico.

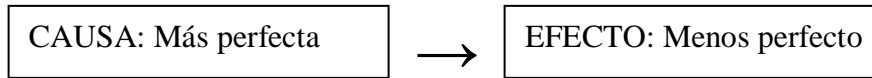
La verdadera argumentación a favor de la existencia de Dios comienza con la distinción de dos aspectos en nuestras ideas. Por un lado, todas tienen en común el ser ideas, *modi cogitandi*, actos de pensar; pero, en segundo término, todas ellas se distinguen entre sí porque “representan” cosas distintas. Es este contenido objetivo representado, *realitas obiectiva*, al que Descartes aplica su “demostración de la existencia de Dios”.

En la parte IV del *Discurso del método* y en la 3ª y 5ª de las *Meditaciones metafísicas* encontramos tres pruebas de la existencia de Dios. Aparentemente tres pruebas, ya que, en el fondo, son tres formas distintas de enfocar un mismo modo de razonar, una *argumentación causal-ontológica*: cualquier contenido de significación tiene que derivar de un contenido existente real, con al menos el mismo nivel de realidad ontológica.

La causa debe ser superior o equivalente al efecto, que soy yo.



Este esquema es imposible para descartes; una mayor perfección no puede ser causa de la menos perfección; pero:



Es posible y real; una mayor perfección puede ser la causa de una perfección menor.

Veamos cómo plantea Descartes el tipo de argumentación que estamos describiendo:

*Causalmente:* Es indudable que el hombre encuentra dentro de sí mismo la idea de un “ser perfecto e infinito”. ¿De dónde procede esa idea? No del hombre mismo, dubitativo, imperfecto y finito. Y como la imperfecto y finito no puede ser la causa adecuada de lo perfecto e infinito, la idea de perfección e infinitud, siendo como es algo, debe tener su causa real en un ser también real, un ser verdaderamente infinito y perfecto, Dios. Él ha sembrado esta idea en nosotros, es una idea innata al hombre.

*Ontológicamente.* Deduciendo de la idea la existencia. Descartes recurre al famoso argumento de Anselmo de Canterbury, al que desde Kant llamamos “ontológico”. De forma clara y distinta reconocemos que Dios es el ser perfectísimo y que a sus perfecciones pertenece su existencia; el ser sumamente perfecto no puede no tener la máxima perfección. Por lo tanto, con la idea de Dios como ser perfectísimo viene ya dado el hecho de que, en efecto existe.

La existencia de Dios ya no se demuestra a partir del mundo que Él ha creado, como sí hace Santo Tomás, sino a partir de las ideas del *cogito* que piensa. Descartes presenta tres pruebas de la existencia de Dios, tres variantes de una misma argumentación.

1ª. La *primera prueba* parte del principio de causalidad formal (*Dis. IV*). Aunque no sabemos de dónde procede la idea de Dios que hay en nosotros, es evidente que debe proceder de alguna parte. También es evidente que aquello de lo que proceda debe tener, como mínimo, tanta realidad como la que aparece en nuestra idea de Dios. ¿Cómo es esta idea?

Por Dios entendemos una sustancia infinita, eterna, omnisciente (lo conoce todo) y omnipotente (lo puede todo), creador de todo lo que existe. Al analizar esta idea observamos con claridad que lo que se haya contenido en ella no puede entenderse como una serie de atributos, propiedades o características presentes en mí. *Dios es infinito*, su infinitud esta en la idea que tengo de Él, mas, *yo soy finito*. *Dios es eterno*, posee una eternidad que se presenta de forma clara y distinta en mi mente en el acto de pensarlo, pero, más claro y distinto es que *yo soy mortal*. *Dios lo conoce todo* y *yo dudo de todo*, ni tan siquiera puedo afirmar que aquello que percibo sea real. Es por todo ello, que yo no puedo ser la causa de tal idea. Tiene que haber una realidad que cause en mí esta idea de Dios y esa realidad es el mismo Dios.

“Pero no podía suceder lo mismo con la idea de un ser más perfecto que el mío; pues, que procediese de la nada era algo manifiestamente imposible; y puesto que no es menos contradictorio pensar que lo más perfecto sea consecuencia y esté en dependencia de lo menos perfecto, que pensar que de la nada provenga algo, tampoco tal idea podía proceder de mí mismo. De manera que sólo quedaba la posibilidad de que hubiera sido puesta en mí por una naturaleza que fuera realmente más perfecta que la mía y que poseyera, incluso, todas las perfecciones de las que yo pudiera tener alguna idea, esto es, para decirlo en una palabra, que fuera Dios”. *Discurso del método* IV.

“Porque encontramos en nosotros la idea de Dios o de un Ser soberano, tenemos derecho a indicar la causa de que poseamos tal idea; mas, después de haber considerado con atención la inmensidad de perfecciones que nos representa, nos vemos obligados a confesar que no podría provenir sino de una sustancia verdadera complemento de todas las perfecciones, es decir, de un Dios realmente existente”. *Meditaciones metafísicas* III.

2ª. La *segunda prueba*, tal como se plantea en las *Meditaciones*, parte de la consideración de que el hecho que existamos *ahora* no implica necesariamente que existamos en el momento inmediatamente posterior. Si perseveramos en la existencia sólo puede deberse a que hay algo que nos conserva la existencia. La autoconservación está descartada por varias razones: no somos capaces de darnos a nosotros mismos otras perfecciones distintas de las que tenemos, por lo que somos incapaces de crearnos; no hay diferencia, dice Descartes, entre mantener a un ser finito en la existencia y crearlo. Como no nos hemos creado a nosotros mismos, no podemos conservarnos. Por tanto, necesitamos de alguien que nos conserve sin necesidad él mismo de ser conservado y ese ser es Dios. En el *Discurso* la formulación de esta segunda prueba es más sencilla: no me he creado a mí mismo, ya que carezco de las perfecciones de que tengo idea, y si me hubiera creado a mí mismo me habría otorgado esas perfecciones. En consecuencia, me ha creado un ser que posee él mismo las perfecciones de que yo tengo idea, es decir, un ser realmente perfecto, Dios.

3ª. La *tercera prueba* es una nueva versión del clásico argumento ontológico. Formulada por vez primera por San Anselmo de Canterbury, ha sido llamado desde Kant *ontológico*. La prueba ontológica llega a la existencia real de Dios a partir de la idea de perfección presente como atributo en la idea que de Él tenemos. Decir que en Dios se reúnen las mayores perfecciones es decir que Él es el origen de toda bondad y verdad. La perfección de Dios hace imposible el que nos haya podido engañar. De igual modo, su bondad también impide que estemos hechos de tal forma que nos engañáramos cada vez que creemos estar en la verdad. Todo lo que concibo como claro y distinto en un objeto de pensamiento debe pertenecerle realmente. Ya estamos en condiciones de salir de la duda con la que se iniciaba nuestra reflexión. La existencia del mundo y del hombre, su absoluta realidad, están garantizadas.

“Al contrario, volviendo a examinar la idea que tenía de un ser perfecto, encontraba que la existencia estaba comprendida en ella del mismo modo que en la de un triángulo está comprendido el que sus tres ángulos son iguales a dos rectos, o en la de una esfera, el que todas sus partes equidistan de su centro, e incluso con mayor evidencia; y, en consecuencia, es al menos tan cierto que Dios, que es ese ser perfecto, es o existe, como puede serlo cualquier demostración de la geometría”. *Discurso del método* IV.

“Cuando, al revisar después las diversas ideas o nociones que tiene de sí, encuentra nuestro pensamiento la de un Ser omnisciente, todopoderoso y sumamente perfecto, reconoce en esta idea la más importante de todas las que posee, que Dios, que este Ser perfectísimo, existe, [...] tan sólo porque percibe que la existencia necesaria y eterna está comprendida en la idea que tiene de un Ser sumamente perfecto, debe, evidentemente, concluir que este Ser perfectísimo existe”. *Meditaciones metafísicas* V.

## 5. De la certeza de la existencia de Dios a la existencia del hombre y el mundo.

*El hombre no es una falacia.*

En la profunda reflexión con la que Descartes concluye la tercera de sus *Meditaciones metafísicas*, plantea cómo la idea de Dios no es una más entre otras muchas; en el fondo no es distinta de mí, ya que, según la concepción que está detrás de estas reflexiones, “yo he sido formado a imagen y semejanza de Dios”. Mi autoconocimiento mental (espiritual) me permite captarme a mí mismo como ser dubitante, dependiente, finito y aspirando a la infinitud, al Dios que existe realmente: “Y toda la fuerza del argumento que he empleado para probar la existencia de Dios consiste en que reconozco que sería imposible que mi naturaleza fuera tal cual es, o sea, que yo tuviese la idea de Dios, si Dios no existiera realmente; ese mismo Dios, cuya idea está en mí, que posee todas esas altas perfecciones y que no tiene ningún defecto ni nada que sea señal de imperfección. Por lo que es evidente que no puede ser engañador, puesto que la luz natural nos enseña que el engaño depende de algún defecto” (*Med.* III).

Lo que induce a los hombres al error y a la deficiencia en el conocimiento, a pesar de la bondad y perfección de Dios, es el hecho de que el conocimiento claro y distinto de nuestra mente es limitado, mientras que nuestra voluntad libre, capaz de afirmar o negar, es ilimitada. A causa de esta realidad puede darse el caso de que afirmemos o neguemos intelectualmente cuando no existe un conocimiento verdadero, siendo posible por tanto el error. Si, por el contrario, reducimos nuestro juicio única y exclusivamente a las ideas claras y distintas, estamos a salvo de cualquier engaño. Lo que Descartes pretende es conciliar la idea moderna de libertad como centro de la existencia humana, con la afirmación clásica de que la expresión suprema de libertad es el ejercicio razonado de la inteligencia que lleva al Bien.

Descartes considera la existencia de Dios tan segura y evidentemente demostrada como la propiedad del triángulo de tener tres ángulos. Toda la metafísica del siglo XVII, hipnotizada por la certeza de las matemáticas, querrá construirse *more geometrico*, y se apoyará, más o menos encubiertamente, en el argumento cartesiano. Así, como la existencia del yo ha sido en el *cogito* establecida por una intuición intelectual, también la existencia de Dios queda establecida en el *argumento ontológico-causal* por medio de

una deducción (que para Descartes es una serie de intuiciones intelectuales). La metafísica del cartesianismo y filosofías subsiguientes tienden, de modo inevitable, a demostrar las *existencias*, mediante actos intelectuales subjetivos. En efecto, siendo el yo, es decir, la inteligencia personal, su punto de partida, no podrán considerar las realidades fuera del yo como dadas, y necesitarán inferirlas, demostrarlas; y es que la inteligencia conoce “inmediatamente” *esencias, definiciones*, pero no *existencias, cosas exteriores*; las existencias son siempre, en el racionalismo, deducidas de las esencias.

*El mundo físico es real. Res cogitans-res extensa.*

Al comienzo de la quinta de las *Meditaciones*, Descartes afirma que, una vez demostrados Dios y mi propio espíritu, queda como tercer problema de estudio la demostración de la existencia de la realidad material: “pues lo que urge ahora (tras haber advertido lo que hay que hacer o evitar para alcanzar el conocimiento de la verdad) es tratar de librarme de todas las dudas que me han asaltado en días pasados, y ver si se puede conocer algo cierto tocante a las cosas materiales” (*Med. V*). Puesto que Dios existe y es infinitamente bueno y veraz, no puede permitir que me engañe al creer que el mundo existe, luego el mundo existe. No debemos dudar de la existencia del mundo, de las cosas, y confundirlo con un sueño. Dios es el criterio último de evidencia, la garantía de verdad. La facultad de juzgar que he recibido de él no me puede inducir a error si la empleo rectamente (es decir con un *método*). Esta consideración evita toda posibilidad de duda sobre los conocimientos evidentes. Dios es la garantía porque es perfecto. El error proviene sólo de nuestra imperfección.

Dios asegura la coincidencia entre las evidencias y las existencias, garantiza que mis ideas sobre la realidad exterior tienen existencia independientemente de mí, pues, en tanto que perfecto no puede inducirme al error. Así Descartes, que afirma ser un pensador realista, consigue evitar el *solipsismo*, el aislamiento del sujeto entendido simplemente como una especie de “cerebro dentro de un frasco”. De la existencia de Dios y sus propiedades, deriva ya Descartes fácilmente la realidad de las naturalezas simples en general, y, por tanto, de los objetos matemáticos, espacio, figura, número, duración, movimiento. La metafísica le conduce sin tropiezo a la física. Su punto de partida es la distinción esencial del alma y del cuerpo. El *alma* se define por el *pensamiento*. El *cuerpo* se define por la *extensión*.

De lo anterior se comprende fácilmente que Descartes distinga tres ámbitos de la realidad: Dios, *sustancia infinita*; el yo o *sustancia pensante*; los cuerpos, mi cuerpo, o *sustancia extensa*. Sustancia es, al modo clásico, “toda cosa que existe de tal modo que no necesita de ninguna otra cosa para existir” (*Principios de la filosofía*). Esto, en sentido riguroso, sólo corresponde a Dios, porque todo lo demás necesita de la existencia de Dios para existir. Junto a la *sustancia pensante*, en el campo de lo creado está lo material o *sustancia extensa*. La *res cogitans*, alma o *sustancia pensante* es una cosa que duda, imagina siente. Nuestro conocimiento está constituido por un yo que piensa ideas. El hecho de que el atributo del alma sea el pensamiento es algo que una simple ficción puede demostrar, como hemos visto: puedo fingir que no tengo cuerpo, que no dependo del espacio, pero no puedo fingir que no pienso. Con respecto a la *res extensa*, su esencia, es decir, ese atributo que nosotros podemos conocer, es la “extensión espacial”. De la misma forma que no se puede concebir un sujeto que no piense, no se puede entender un cuerpo sin longitud, anchura o profundidad, que son las características de la “extensión”.



La caracterización del mundo material y físico que realiza Descartes prima lo formal, absteniéndose de precisar atributos y características particulares “excesivamente tangibles”. Y lo paradójico aquí es que lo “material” por excelencia es mi propio cuerpo. Predomina una visión en la que es mucho más importante ubicar matemáticamente (“cartesianamente”) a los cuerpos que describir sus cualidades sensibles. Así, las variaciones de la sustancia extensa, los *modos*, son la figura y el movimiento. El mundo se reduce a una estructura matemática cuyo modelo es el espacio geométrico y en el que se distingue en su definición entre cualidades primarias (movimiento, extensión, forma) y cualidades secundarias (percepciones sensibles).

Esta identificación tiene como consecuencia la negación del vacío físico y la constatación de que, a diferencia de la realidad mental o espiritual, la materia es algo externo y superficial, carente de propiedades internas. El mundo es concebido en el cartesianismo de forma mecanicista: materia en movimiento. Una máquina sí, pero regida por Dios. El movimiento, cambio de posición de los cuerpos, es causado en última instancia por Dios y se rige por tres leyes fundamentales: inercia, movimiento rectilíneo y ley del choque.

## **Conclusión.**

La filosofía cartesiana mantiene como actitud fundamental una contraposición entre el yo, sujeto espiritual, y el mundo material. Al primero, se le conoce desde dentro, desde la introspección de la propia conciencia, mientras que al mundo material como objeto sólo puede ser conocido desde fuera de sí, desde la mente humana, no desde el interior de lo que él realmente *es*. Por ello, el cartesianismo es una *filosofía del yo*. Así como el *espíritu* es un “puro estar en sí”, a la *materia* se la considera únicamente como aquello que se puede captar dotado de *extensión* por una “mente metódica”. El yo es el lugar genuino desde el que captar cualquier realidad. La contraposición radical entre materia y pensamiento, su unidad-diferencia problemática, se convertirá en uno de los objetivos de la filosofía posterior, ya que la solución cartesiana es evidentemente insuficiente y limitada. El *ocasionalismo*, el *panteísmo* espinosiano, la *monadología* de Leibniz, las diferentes formas de *empirismo* y el *criticismo* kantiano, son tentativas de resolución de la dialéctica cartesiana espíritu-materia, hombre y mundo.

Para que el sistema cartesiano pudiera funcionar, la demostración de la existencia de Dios, de un Dios benevolente que evite nuestro error, debería adquirir unos toques de “claridad y distinción” que, sin embargo, no aparecen en modo alguno. Este asunto expresa, en el fondo, el resultado de una múltiple incapacidad: circularidad, una relación ilegítima entre las pruebas de la existencia y la necesidad de una percepción clara y distinta, junto a la obligación de una clase de “intuición especial” para que las pruebas sean aceptables. Pero, por encima de todo, el problema principal es que la demostración de la existencia de Dios, sin la cual, lo repetimos, el sistema es inviable, se basa en una argumentación inválida, la cual se justifica en unos supuestos ontológico-causales que, más que de una intuición mental evidente, necesita de una suerte de clarividencia quasi divina. La constatación de lo anterior nos deja, si queremos encontrar una vía de resolución del sistema, incapacitados para proseguir la marcha., dado que Dios es el “puente” que une el mundo interior con todo aquello exterior a ese mundo

Las pruebas de la existencia de Dios, que en el caso de Descartes no parten del cosmos o del mundo físico –al contrario que el aristotelismo tomista–, sino del sujeto humano, de la conciencia del hombre, han sido criticadas en la historia de la filosofía de múltiples formas. Para nosotros mismos, el sentido de esta crítica es más que asequible. Por un lado, respecto a la estrategia *causal* de las pruebas, recurrir al conocimiento claro y distinto de una idea que ha sido generada en mí sin el concurso nada más que de mi propia mente, es algo que se presenta como inaceptable y circular. Descartes rechazaba esta objeción aduciendo que el *cogito* era algo distinto de la *idea de Dios*. Respecto a la argumentación *ontológica*, derivar de la idea de un ser perfectísimo su existencia es un procedimiento que sólo puede ser sostenido bajo un ropaje platónico-agustiniano, aceptando el *realismo* de las ideas, afirmando que las ideas tienen realidad propia e independiente.

Esto nos lleva a una última consideración. Otra más de las paradojas peculiares del cartesianismo se encuentra en su fallido intento de resolver desde una perspectiva moderna la relación Dios-hombre-mundo. La Edad Media había propiciado, a partir del siglo XIII, una progresiva autonomía del orden de naturaleza y de la razón con respecto al absoluto predominio de la idea de Dios. El humanismo renacentista había consagrado tal autonomía, reforzada con el desarrollo de las ciencias y la teología de la conciencia protestante. Descartes, que intenta fundamentar filosóficamente esta independencia sobre la certeza que de sí mismo tienen el individuo pensante, incurrirá, si se nos está permitido afirmar algo de forma tan tajante, en una doble contradicción: hacer que todo, en última instancia, derive *more geometrico* de un axioma intuitivo (la idea de Dios); orientar su reflexión pragmáticamente, dando más valor a la actuación y a los procedimientos que al propio contenido de dicha reflexión. El sujeto de conocimiento que pretendía sustituir a Dios como garante de la verdad filosófica, termina construyendo una filosofía apuntalada en la idea de Dios; la filosofía que pretendía superar el marco medieval de amalgama incoherente de saberes múltiples, deviene no en un saber estable claro y preciso sino en un marco neutro de un saber que sigue sin conocerse en su alcance, contenido y límites.

### III. *Discurso del método*. Guía de lectura.

#### La obra: sentido y estructura.

El *Discurso del método* (1637), primera obra publicada por Descartes, es uno de los textos fundamentales de la filosofía occidental. Fue escrito en francés y no en latín (lengua a la que fue traducido en 1644) para que su comprensión y difusión fuese lo mayor posible. La obra evita conscientemente la polémica erudita con la filosofía tradicional que quiere reemplazar. Quiere llegar a todo el mundo y convertirse en un manual de vida para los “tiempos nuevos”, una pretensión ésta avalada por la visión cartesiana optimista, aunque no ingenua, del hombre. Dado que la razón y el sentido común son algo repartido por doquier, dado que la inteligencia está igual de presente, por naturaleza, en todos los hombres, muchos son los posibles destinatarios de esta obra. Sin embargo, esto no deja de ser paradójico. La inteligencia está repartida, todos los hombres la poseen en mayor o menor grado, y, sin embargo, ponerla en práctica al servicio de la verdad, hacerla juzgar correctamente, no es algo ya tan común. Por eso es necesario un *método*, un “camino hacia la verdad”.

Con la intención de que todos puedan seguirlo, Descartes nos ofrece la historia de su propia vida. Su vida puede sernos un ejemplo y, sobre todo, una metáfora aplicable a las más diversas circunstancias de la que puede extraerse una enseñanza válida y práctica. Para que nosotros, lectores del *Discurso*, podamos seguir sin problema la explicación desarrollada de su *método*, Descartes opta por narrar su historia valiéndose del *yo*. No encontramos en esta obra una enseñanza magistral, al contrario, el autor nos hace cómplices de sus dificultades, de cómo se esforzó por superarlas, de cuál era el grado de responsabilidad contraída con aquellos que esperaban con ansiedad una obra como ésta, necesaria para unos tiempos necesitados de certezas renovadas. No hallamos, pues, en el *Discurso*, un tratado filosófico en toda regla sobre el método, sino una “conversación en torno al método”, un discurso libre que pudiera ser escuchado y al que se pudiera hacer objeciones –de hecho, Descartes mantuvo una fructífera y amplia correspondencia en este sentido dialógico que comentamos.

Teniendo como marco de referencia estos propósitos, la obra desarrolla sus contenidos en seis partes, cuyas líneas fundamentales son las que a continuación reseñamos:

*Primera parte:* Necesidad del método para que el ejercicio común de la inteligencia tenga una correcta y veraz aplicación; su exposición es vital-experiencial no sistemática; crítica de las enseñanzas tradicionales recibidas, cuestionamiento del aristotelismo-tomismo; estado general de duda y dispersión del saber; del mundo y la diversidad de costumbres y opiniones imperante en él; exigencia de usar, frente a ello, su propia razón en un análisis general de la realidad.

*Segunda parte:* Justificación y desarrollo del método; el panorama que ofrecen la ciencia y el saber se asemeja al de esas ciudades construidas sin orden ni concierto; hay que deconstruir para construir eficazmente; Descartes aspira, en el fondo, “tan sólo” a transformar “sus propias opiniones”; la empresa exige un método capaz de aportar un

conocimiento “claro y distinto”; exposición del método en cuatro reglas; una vez aplicado a las matemáticas, el objetivo es aplicar el método a todas las ciencias.

*Tercera parte:* El proceso de re-construcción del saber por medio del método implica el adoptar “provisionalmente” una moral para “tiempos de cambio”; esta *moral provisional* se sirve de cuatro máximas o principios subjetivos del actuar moral, las cuales se basan en el ejercicio de la racionalidad, la medida y el sentido común; tras estas “disposiciones preventivas”, es ya tiempo de desmontar las antiguas opiniones y creencias.

*Cuarta parte:* De la duda universal y metódica a la certeza del *yo*; la certeza del *yo* es la garantía de veracidad de nuestras opiniones y conocimientos, todo lo que concebimos “clara y distintamente” es verdadero; argumentación *ontológico-causal* en favor de la existencia de Dios; la existencia de Dios garantiza nuestra verdad y la del mundo.

*Quinta parte:* Las verdades metafísicas permiten inferir verdades físicas, hay un paralelismo entre las *leyes de la naturaleza* establecidas por Dios y las *ideas innatas* impresas por él en nuestra alma; prolegómeno para la comprensión del *Tratado del Mundo*; resumen del *Tratado del hombre*; caracterización del hombre y los animales.

*Sexta parte:* Posibilidad e imposibilidad de un verdadero desarrollo de la *filosofía natural*; la condena a Galileo obliga a Descartes a replantear su actividad científica y la pertinencia o no de publicar algunos de sus trabajos; exposición de las razones a favor y en contra de la divulgación de sus obras científicas.

### ***Discurso del método, cuarta parte. Lectura comentada.***

“No sé si debo entreteneros con las primeras meditaciones que allí he hecho, pues son tan metafísicas y tan fuera de lo común que tal vez no sean del gusto de todos. Sin embargo, con el fin de que se pueda apreciar si los fundamentos que he establecido son bastante firmes, me veo en cierto modo obligado a hablar de ellas. Desde hace mucho tiempo había observado que, en lo que se refiere a las costumbres, es a veces necesario seguir opiniones que tenemos por muy inciertas como si fueran indudables, según se ha dicho anteriormente;

Descartes se refiere a un breve tratado de metafísica comenzado e interrumpido en 1629, con el que pretendía probar “la existencia de Dios y de nuestras almas”. Las *Meditaciones metafísicas* completan dicho tratado.

En el ámbito de la moral y de las costumbres, Descartes comprueba que muchas veces seguimos pautas de conducta que tienen una base y justificación más que incierta. De hecho, tal cosa es lo que permite, en el proyecto cartesiano de reformulación del saber, adoptar una “moral provisional” hasta que no se haya reelaborado una verdadera ética basada en el *método*.

El proyecto de Descartes es ambicioso: cuestionarlo todo para reedificar el conocimiento desde una verdad clara, distinta e inmutable, desde unos fundamentos incuestionables. En su consecución se engarzan las “meditaciones” anteriores y el actual “discurso”.

Pero, dado que en ese momento sólo pensaba dedicarme a la investigación de la verdad, pensé que era preciso que hiciera lo contrario y rechazara como absolutamente falso todo aquello en lo que pudiera imaginar la menor **duda**, con el fin de comprobar si, hecho esto, quedaba en mi creencia algo que fuera enteramente **indudable**. Así, puesto que nuestros sentidos nos engañan algunas veces, quise suponer que no había cosa alguna que fuera tal como nos la hacen imaginar. Y como existen hombres que se equivocan al razonar, incluso en las más sencillas cuestiones de geometría, y cometen paralogismos, juzgando que estaba expuesto a equivocarme como cualquier otro, rechacé como falsos todos los razonamientos que había tomado antes por demostraciones. Y, en fin, considerando que los mismos **pensamientos** que tenemos estando despiertos pueden venirnos también cuando dormimos, sin que en tal estado haya alguno que sea verdadero, decidí fingir que todas las cosas que hasta entonces habían entrado en mi espíritu no eran más verdaderas que las ilusiones de mis sueños.

Pero, inmediatamente después, advertí que, mientras quería pensar de ese modo que todo es falso, era absolutamente necesario que yo, que lo pensaba, fuera alguna cosa. Y observando que esta verdad: *pienso, luego soy*, era tan firme y tan segura que todas las más extravagantes suposiciones de los escépticos no eran capaces de socavarla, juzgué que podía admitirla como el primer principio de la filosofía que buscaba.

La posibilidad de aplicar el *método* exige rechazar cualquier conocimiento dudoso, en el esfuerzo por hallar una *verdad autoevidente* y de la que se pueda deducir el resto de verdades. ¿Existe algo así? El camino para despejar esta respuesta es un proceso de *duda metódica* que va a colocar entre paréntesis, de modo provisional, nuestra percepción de la realidad. Se trata de una duda absoluta pero no escéptica, ya que con ella Descartes no pretende negar el saber sino hallar su verdad.

¿Cuáles son los límites y el alcance de este dudar? En primer término, los *sentidos*, dado que nuestra actividad perceptiva no es siempre fiable. Somos conscientes de cómo nos conducen una y otra vez al error, a sufrir ilusiones perceptivas. Pero, no sólo los sentidos. En segundo lugar, descubrimos que hasta las matemáticas son un ámbito en el que los hombres se equivocan, incurriendo en razonamientos erróneos o *paralogismos*. Por ello, pueden ser provisionalmente cuestionadas en su absoluta certeza. A todo esto se suma, en tercer lugar, la imposibilidad de distinguir con claridad entre sueño y vigilia. Podría suceder que en este preciso momento estuviésemos confundiendo soñar con estar despierto. De esta forma, todo es dudoso: el mundo, las operaciones de mi mente, la certeza de mi conciencia; todo puede ser considerado como “probablemente dudoso”.

Y es aquí, en medio de todas estas dudas, en este estado dubitativo, donde brota la primera y mayor de las “evidencias”, una “realidad incuestionable”, la certeza ontológica de mi existencia como *ser pensante*. Aunque imagine, dude, sueñe, aunque lo que piense no exista, es indudable que estoy en cada una de estas situaciones *pensando* y *existiendo* a la vez. Ello disipa todas las dudas, hace ineficaz la pretensión escéptica de negar la cognoscibilidad de la realidad, por lo que se convierte en el *primer principio* de la filosofía cartesiana, el fundamento del nuevo edificio del conocimiento que Descartes quiere levantar.

Al examinar, después, atentamente lo que yo era, y viendo que podía fingir que no tenía **cuerpo** y que no había mundo ni lugar alguno en el que me encontrase, pero que no podía fingir por ello que yo no existía, sino que, al contrario, del hecho mismo de pensar en **dudar** de la verdad de otras cosas se seguían muy evidente y ciertamente que yo era; mientras que, con sólo haber dejado de pensar, aunque todo lo demás que alguna vez había imaginado existiera realmente, no tenía ninguna razón para creer que yo existiese, conocí por ello que yo era una sustancia cuya esencia o naturaleza no es sino pensar, y que, para existir, no necesita de lugar alguno ni depende de cosa alguna material. De manera que este yo, es decir, el **alma** por la cual soy lo que soy, es enteramente distinta del **cuerpo** e incluso más fácil de conocer que él y, aunque el **cuerpo** no existiese, el **alma** no dejaría de ser todo lo que es.

Después de esto, examiné lo que en general se requiere para que una proposición sea verdadera y cierta; pues, ya que acababa de descubrir una que sabía que lo era, pensé que debía saber también en qué consiste esa **certeza**. Y habiendo observado que no hay absolutamente nada en *pienso, luego soy* que me asegure que digo la verdad, a no ser que veo muy claramente que para pensar es preciso ser, juzgué que podía admitir esta regla general: las cosas que concebimos muy clara y distintamente son todas verdaderas; si bien sólo hay alguna dificultad en identificar exactamente cuáles son las que concebimos distintamente.

La certeza anterior nos ofrece la posibilidad de valorar cuál es la naturaleza de este “hombre que piensa”. Lo racional prima sobre lo físico, es más, podríamos suponer que carecemos de cuerpo y de realidad material, podríamos imaginar que carecemos de cualquier extensión y, sin embargo, no podemos dudar por ello de nuestra existencia. Somos seres pensantes y racionales. En la medida que dudamos reconocemos que pensamos, y esto último es tan indudable que podemos afirmarlo como característico y exclusivo de la condición humana. La desaparición de esa actividad, naturaleza y realidad *pensante*, supone la negación de tal condición. De lo precedente se comprende con facilidad que Descartes distinga dos ámbitos de la realidad humana: el yo o *sustancia pensante*; lo corpóreo o *sustancia extensa*. Sustancia es, al modo clásico, “toda cosa que existe de tal modo que no necesita de ninguna otra cosa para existir”. Junto a la *sustancia pensante*, en el campo de lo creado está lo material o *sustancia extensa*. Su esencia, es decir, ese atributo que nosotros podemos conocer, es la “extensión espacial”. La concepción de Descartes, al primar la realidad racional en detrimento de la corporal, establece una visión idealista según la cual el alma, nuestra mente, aquello que realmente y en el fondo somos, es distinta del cuerpo y, a diferencia de este, cognoscible sin duda.

El descubrimiento de la existencia de una proposición verdadera y cierta, indudable, le permite a Descartes retomar la consideración del *método* sobre cuál es la característica de estas verdades. *Pienso, luego soy*, es una evidencia intuitiva de forma “clara y distinta”. Lo verdadero es lo evidente y lo evidente es, a su vez, definido por dos notas esenciales: la *claridad* y la *distinción*. “Clara” es una idea cuando está separada y conocida separadamente de las demás ideas. “Distinta” es una idea cuando sus partes o componentes son separados unos de otros y conocidos con interior claridad. En la reconstrucción del saber la dificultad se nos presenta al intentar identificar de forma nítida los componentes de la realidad que convergen en algunas ideas y pensamientos (distinción), por ello, el rigor en el “análisis” es esencial.

Reflexionando, a continuación, sobre el hecho de que yo **dudaba** y que, por lo tanto, mi ser no era enteramente perfecto, pues veía con claridad que había mayor perfección en conocer que en **dudar**, se me ocurrió indagar de qué modo había llegado a pensar en algo más perfecto que yo; y conocí con evidencia que debía ser a partir de alguna naturaleza que, efectivamente, fuese más perfecta. Por lo que se refiere a los **pensamientos** que tenía de algunas otras cosas exteriores a mí, como el cielo, la tierra, la luz, el calor, y otras mil, no me preocupaba tanto por saber de dónde procedían, porque, no observando en tales **pensamientos** nada que me pareciera hacerlos superiores a mí, podía pensar que, si eran verdaderos, era por ser dependientes de mi naturaleza en tanto que dotada de cierta perfección; y si no lo eran, que procedían de la nada, es decir, que los tenía porque había en mí imperfección. Pero no podía suceder lo mismo con la **idea** de un ser más perfecto que el mío; pues, que procediese de la nada era algo manifiestamente imposible; y puesto que no es menos contradictorio pensar que lo más perfecto sea consecuencia y esté en dependencia de lo menos perfecto, que pensar que de la nada provenga algo, tampoco tal **idea** podía proceder de mí mismo. De manera que sólo quedaba la posibilidad de que hubiera sido puesta en mí por una naturaleza que fuera realmente más perfecta que la mía y que poseyera, incluso, todas las perfecciones de las que yo pudiera tener alguna **idea**, esto es, para decirlo en una palabra, que fuera Dios [...]

Demostrada la existencia del sujeto pensante, es necesario garantizar la certeza del mundo físico y de los cuerpos, que, como hemos visto, esta sometida a una potente duda. La estrategia que emprende Descartes pasa, en primer lugar, por demostrar la existencia de un Dios que garantice la viabilidad del mundo físico merced a su absoluta perfección. Esta demostración se sirve de una *argumentación causal*. (1ª prueba) Dada mi realidad dubitativa, en este dudar se halla una prueba de mi imperfección. Soy un ser imperfecto que, sin embargo, posee la *idea de perfección* en su mente. Esta idea no puede proceder de mí, dado que lo perfecto no puede ser causado por lo imperfecto, sino que tendrá su origen en un ser perfecto distinto de mí.

Por otro lado, en mi mente se agolpan multitud de ideas correspondientes a cosas exteriores. Tales ideas pertenecen a cosas externas que no tienen aún demostrada su existencia, lo cual, no es de momento objeto de preocupación: todas ellas son inferiores a mí, existan o no, yo no he sido creado a partir de ellas, no son mi causa y su justificación es secundaria, no son más perfectas que yo, luego provienen de mí o de la nada.

Pero con ese ser más perfecto que yo, cuya idea yo poseo en mi mente, no ocurre lo mismo: debe existir y su idea es imposible que proceda de la nada. ¿De dónde procede esa idea? No del hombre mismo, dubitativo, imperfecto y finito. Y como la imperfecto y finito no puede ser la causa adecuada de lo perfecto e infinito, la idea de perfección e infinitud, siendo como es algo, debe tener su causa real en un ser también real, un ser verdaderamente infinito y perfecto, Dios. Él ha sembrado esta idea en nosotros, es una idea innata al hombre. Este ser perfecto que implanta en mí la idea de perfección es Dios.

Quise buscar, después, otras verdades y, habiéndome propuesto el objeto de los geómetras, que concebía como un cuerpo continuo o un espacio indefinidamente extenso en longitud, anchura y altura o profundidad, divisible en diversas partes, que podían tener diferentes figuras y tamaños, y ser movidas o trasladadas de todas las maneras posibles, pues los geómetras suponen todo esto en su objeto, repasé algunas de sus más simples demostraciones. Y habiendo advertido que la gran **certeza** que todo el mundo les atribuye sólo está fundada en que se las concibe con evidencia, siguiendo la regla antes formulada, advertí también que no había en ellas absolutamente nada que me asegurase la existencia de su objeto. Porque, por ejemplo, veía bien que, si suponemos un triángulo, sus tres ángulos tienen que ser necesariamente iguales a dos rectos, pero en tal evidencia no apreciaba nada que me asegurase que haya existido triángulo alguno en el mundo. Al contrario, volviendo a examinar la **idea** que tenía de un ser perfecto, encontraba que la existencia estaba comprendida en ella del mismo modo que en la de un triángulo está comprendido el que sus tres ángulos son iguales a dos rectos, o en la de una esfera, el que todas sus partes equidistan de su centro, e incluso con mayor evidencia; y, en consecuencia, es al menos tan cierto que Dios, que es ese ser perfecto, es o existe, como puede serlo cualquier demostración de la geometría”.

En este punto, Descartes se sirve de una reformulación del *argumento ontológico* de Anselmo de Canterbury (3ª prueba) para reforzar su justificación de la existencia de Dios, pudiendo así garantizar la certeza y el valor de su metodología reconstructiva del conocimiento de la realidad. Se trata de demostrar la existencia de Dios mediante la consideración de las perfecciones contenidas en la idea de *Dios*, una de las cuales es la existencia.

Una comparación con un ámbito muy querido y valorado por Descartes, la geometría, le sirve para plantear su argumentación. Del hecho de no poder concebir un triángulo cuyos ángulos sean iguales a dos rectos, se sigue que si hay un triángulo existente, sus ángulos equivaldrán a dos rectos, pero no que tal demostración implique su existencia. Sin embargo, la esencia divina, que es la suma perfección, comprende la existencia, que es al tiempo una perfección. De aquí que no se pueda entender a Dios sino como existente. Es imposible que entendamos la idea de *Dios*, que es una expresión de su esencia, y que neguemos su existencia. La esencia de Dios es su existencia.

En este fragmento del *Discurso* se omite la 2ª prueba de la existencia de Dios: no me he creado a mí mismo, ya que carezco de las perfecciones de que tengo idea, y si me hubiera creado a mí mismo me habría otorgado esas perfecciones. En consecuencia, me ha creado un ser que posee él mismo las perfecciones de que yo tengo idea, es decir, un ser realmente perfecto, Dios.



## IV. Pautas para la realización de la prueba de selectividad. Ejemplo de comentario de un fragmento del texto.

### 1. Pautas generales.

A continuación presentamos los criterios de evaluación y calificación del examen de Selectividad de Filosofía. La evaluación del alumno se llevará a cabo mediante un comentario de texto sobre un fragmento seleccionado de alguno de los textos del temario, que constará de las siguientes operaciones, a realizar obligatoriamente por este orden:

- Resumen (2 puntos)
- Análisis y explicación de dos nociones presentes en el fragmento (2 puntos)
- Síntesis teórica o doctrinal (3 puntos)
- Contextualización (3 puntos)

1.1. Criterios de evaluación de cada una de las distintas operaciones del comentario de texto:

**Resumen:** En un máximo de diez o doce líneas:

- a) señalar el tema o problema principal planteado en el texto,
- b) recogiendo las ideas o tesis básicas que contiene, la argumentación que desarrolla, cuando es el caso, o bien los sucesos narrados y los símbolos y metáforas que utiliza.

**Análisis y explicación de dos nociones:** El alumno explicará el significado de estas nociones (ya sean conceptos, símbolos o ideas):

- a) teniendo como referencia su uso en el fragmento,
- b) no sólo definiéndolas, sino asociándolas y contraponiéndolas entre sí para aclarar su significado.

**Síntesis teórica o doctrinal:** exponer un tema que guarda relación directa o indirecta con el fragmento:

- a) teniendo en cuenta lo que el fragmento dice o sugiere,
- b) tomando en consideración el *pensamiento del autor*, o incluso el de otros autores, si, por afinidad o contraste, contribuyen a una comprensión más clara del tema que desarrolla.

**Contextualización:** El texto puede ser considerado en algunos de los siguientes marcos de referencia, de amplitud creciente:

- a) la obra a que pertenece (división o estructura, temas, significado general, etc.),
- b) otras obras del autor (también pueden indicarse aquí los temas característicos, la evolución y significado de su filosofía, incluso los aspectos más relevantes de su vida, etc.),
- c) el lugar del autor en la historia de la filosofía (escuela o movimiento en que cabe encuadrarlo, relación con otros autores, influencias, etc.),
- d) la época en que le tocó vivir (sociedad, cultura, ciencia, etc.).

1.2. En la ponderación de la prueba se valorará positivamente:

- La distinción entre las distintas partes del examen y coherencia en la exposición de cada una de ellas.

- El rigor analítico y claridad expositiva en cada una de las partes.

- Y el manejo de conocimientos e informaciones pertinentes sobre la problemática del texto y del autor.

1.3. Las faltas graves y no ocasionales de ortografía disminuirán la calificación global, de modo que cada falta grave lo hará en 0,25 puntos, hasta un máximo de 1,5 puntos.

## 2. Ejemplo de comentario.

“Al examinar, después, atentamente lo que yo era, y viendo que podía fingir que no tenía cuerpo y que no había mundo ni lugar alguno en el que me encontrase, pero que no podía fingir por ello que yo no existía, sino que, al contrario, del hecho mismo de pensar en **dudar** de la verdad de otras cosas se seguían muy evidente y ciertamente que yo era; mientras que, con sólo haber dejado de pensar, aunque todo lo demás que alguna vez había imaginado existiera realmente, no tenía ninguna razón para creer que yo existiese, conocí por ello que yo era una sustancia cuya esencia o naturaleza no es sino pensar, y que, para existir, no necesita de lugar alguno ni depende de cosa alguna material. De manera que este yo, es decir, el alma por la cual soy lo que soy, es enteramente distinta del **cuerpo** e incluso más fácil de conocer que él y, aunque el cuerpo no existiese, el alma no dejaría de ser todo lo que es”.

René Descartes, *Discurso del método* IV.

### 2. 1. Resumen.

**Introducción y conexión con el texto anterior:** La reconstrucción del conocimiento que pretende operar Descartes con el método, ha exigido una estrategia previa de deconstrucción de todos los saberes anteriores mediante la duda. **Idea o temática principal:** Es aquí, en medio de todas estas dudas, donde brota la primera y mayor de las evidencias, la *certeza ontológica* de nuestra existencia como *seres pensantes*: esta es la auténtica *esencia* (“lo que yo soy”) del ser humano, independientemente de sus características materiales y de su relación con el mundo. **Ideas y conceptos fundamentales:** 1. Lo racional prima sobre lo físico. Podríamos suponer que carecemos de cuerpo y de realidad material, podríamos imaginar que carecemos de cualquier extensión y, sin embargo, no podemos dudar por ello de nuestra existencia. 2. Aunque imagine, dude, sueñe, aunque lo que piense no exista, es indudable que estoy en cada una de estas situaciones *pensando* y *existiendo* a la vez. 3. Esta certeza nos ofrece la posibilidad de valorar cuál es la naturaleza de este “hombre que piensa”: somos seres pensantes y racionales; en la medida que dudamos reconocemos que pensamos, y esto último es tan indudable que podemos afirmarlo como característico y exclusivo de la condición humana. 4. La desaparición de esa actividad, naturaleza y realidad *pensante*, supone la negación de tal condición. 5. De lo anterior se comprende fácilmente que Descartes distinga dos ámbitos de la realidad humana: el yo o *sustancia pensante*; lo corpóreo o *sustancia extensa*. 6. En el campo de lo creado está lo material o *sustancia extensa*, una realidad “circunstancial” cuya *necesidad* es inferior a la de la *sustancia pensante*. La concepción de Descartes, al primar la realidad racional en detrimento de la corporal, establece una visión idealista según la cual el *alma*, nuestra mente, aquello que realmente y en el fondo somos, es distinta del cuerpo y, a diferencia de este, cognoscible sin duda.

## 2.2. Explicación de dos nociones: *dudar* y *cuerpo*.

**Dudar:** En la medida que dudamos reconocemos que pensamos, y esto último es tan indudable que podemos afirmarlo como característico y exclusivo de la condición humana. La desaparición de esa actividad, naturaleza y realidad *pensante*, supone la negación de tal condición. Dudar es una forma de metodología negativa o de estrategia de conocimiento adoptado por Descartes para comprobar la verdad de sus creencias y encontrar, así, un principio absolutamente indudable que sirva de fundamento a la filosofía y al resto de las ciencias. La duda es universal ya que se aplica a todo el saber que la razón no ha examinado y reconociendo como verdadero, al tiempo que es metódica, dado que no es escéptica, no niega que sea posible la verdad, sino que, como primera estrategia cognoscitiva, quiere evitar que se acepten como verdaderos los juicios dudosos.

Descartes se plantea cómo desarrollar un conocimiento de la realidad, un método para adquirir creencias verdaderas que esté libre de error. El camino para lograrlo pasa, en primera instancia, por la *duda metódica*, por dudar radicalmente poniendo entre paréntesis nuestra experiencia de la realidad y los saberes que se asocian a dicha experiencia, una suerte de *reducción* fenomenológica. ¿Qué es realmente este dudar? La duda cartesiana no busca el escepticismo, sino un procedimiento dialéctico de investigación, encaminado a desprender y aislar la primera verdad evidente, la primera idea “clara y distinta”, la primera naturaleza simple. La duda, en suma, es la aplicación al problema del conocimiento del análisis racional. El objetivo es hallar una verdad fundamental que sea *incorregible* y que sirva de base a todas las demás.

**Cuerpo:** A diferencia del pensamiento puro, del *cogito*, a la materia se la conoce desde la percepción sensible. Esta es una segunda forma de conocimiento, inferior a la anterior, que depende del propio cuerpo, de mi cuerpo, del que el pensamiento puro se sirve como instrumento de ayuda, mientras que el pensar puro se orienta siempre hacia sí mismo, hacia su propia y característica realidad mental-espiritual. ¿Qué es lo material? Las cosas materiales concretas, cuya existencia queda garantizada por la existencia de un Dios no engañador, son el propio cuerpo y las cosas del mundo que me rodean.

De la misma forma que no se puede concebir un sujeto que no piense, no se puede entender un cuerpo sin longitud, anchura o profundidad, que son las características de la “extensión”. Descartes usa la expresión “extensión” o *res extensa* con preferencia al término “espacio”. Considera que la misma extensión que constituye la naturaleza de los cuerpos, constituye la naturaleza del espacio, de forma que, por ejemplo, la idea verdadera que podemos tener de una piedra consistirá en que nosotros captamos intelectualmente que es una sustancia extensa en longitud, anchura y profundidad.

Cuerpo y alma podemos entenderlos como dotados de independencia mutua, ya que metafísicamente pueden existir con independencia el uno del otro. El objetivo último de Descartes al afirmar que alma y cuerpo, pensamiento y extensión, *res cogitans* y *res extensa*, constituyen sustancias distintas es garantizar la autonomía del alma con respecto a la materia, y por ende, la *inmortalidad del alma*. La libertad sólo podía salvaguardarse situando el alma en una esfera de realidad autónoma e independiente de la materia. Este es el punto más débil de la filosofía cartesiana. El dualismo radical alma-cuerpo, pensamiento-extensión, provoca una realidad escindida sólo coordinada por obra de Dios para la conservación de la vida: *juntos sin ser uno*.

### 2.3. Síntesis teórica y doctrinal.

La filosofía cartesiana mantiene como actitud fundamental una contraposición entre el *yo*, sujeto espiritual o alma, y el mundo material. Al primero, se le conoce desde dentro, desde la introspección de la propia conciencia, mientras que el mundo material como objeto sólo puede ser conocido desde fuera de sí, desde la mente humana, no desde el interior de lo que él realmente *es*. Por ello, el cartesianismo es una *filosofía del yo*. Así como el *espíritu* es un “puro estar en sí”, a la *materia* se la considera únicamente como aquello que se puede captar dotado de *extensión* por una “mente metódica”. El *yo* es el lugar genuino desde el que captar cualquier realidad. La historia de la filosofía retoma en el cartesianismo una de sus líneas de fuerza fundamentales: el discurso de la interioridad. Platón, San Agustín o San Anselmo jalonan con su filosofar este discurso idealista centrado en la reflexión pura de la razón.

Descartes cree necesaria una nueva fundamentación del conocimiento. Es la necesidad de un método unitario exento de contradicción, un método que sirva para todos los campos del saber y que se enfrente a todos los prejuicios y costumbres, a todo aquello que ponga obstáculos a la evidencia. El objetivo es superar las limitaciones de un aristotelismo-tomismo convertido más en una forma anquilosada de saber que en una respuesta a los interrogantes de la realidad. Descartes hallará en la matemática, en la geometría, las intuiciones clave para su nueva filosofía, buscando que lo matemático impregne a las demás ciencias. Es este un pensamiento que quiere ser *claro y distinto*, y cuyas aspiraciones se pueden sintetizar en cuatro principios básicos: un plano más elevado de verdad, la evidencia que se expresa con conceptos claros y bien definidos; un conocimiento no basado en los inseguros datos sensibles; un pensamiento metódico, que procede paso a paso, por evidencias, de lo conocido a lo desconocido, de lo simple a lo complejo; una analogía entre el orden de la matemática y el de la naturaleza.

Pero un método intuitivo-deductivo como el que defiende Descartes no puede aplicarse sin más a un saber complejo, plural y lleno de limitaciones históricas. Es necesario, también, una metodología negativa que permita cuestionar radicalmente todo el conocimiento y realidad hasta hallar una certeza de la cual no se pueda dudar. Llevada al extremo, cuando parece que toda certeza está arruinada, sin embargo, es la misma duda universal y radical la que precisamente genera la certeza fundamental: *pienso, luego soy*. Esta certeza es algo tan firme y seguro que las más extravagantes suposiciones de los escépticos no son capaces de conmovérla, juzgando Descartes que podía asumirla como el primer principio de la nueva filosofía que busca. No se trata de una deducción lógica, de una conclusión formal de un principio general, por el que el pensamiento supone un sujeto en el caso concreto, sino de la intuición que viene inmediatamente dada con el acto de pensar: *yo soy un ser pensante*. Mientras dudo pienso, y en cuanto que dubitante y pensante tengo que existir. Así, a través de todas las dudas, se encuentra la base primera de la filosofía cartesiana.

Habiendo hallado la primera verdad, Descartes se apresura a sacar de ella todo el provecho posible. Partiendo de este punto inamovible y seguro pone en marcha todas las cuestiones básicas de la filosofía, y, en primer lugar, la naturaleza del propio yo. Sabemos con certeza que somos, pero no *qué* somos. Tal dilucidación no puede realizarse utilizando el lenguaje y los conceptos tradicionales de la filosofía aristotélico-tomista, sino que exige explorar los caminos ya emprendidos, indagar en aquello que aquello conocido ya con certeza indudable. De la definición de mi propia naturaleza, tan sólo sé,

lo cual no es poco, que soy una cosa verdadera y verdaderamente existente: una cosa que piensa. ¿Y qué es una cosa que piensa? Es una cosa que duda, que entiende, que afirma, que niega, que quiere, que no quiere, que imagina también, y que siente. El acto de pensar engloba todas los contenidos de la conciencia, eso sí, tan sólo en la medida en que pertenecen a mi conciencia. Sin ella, no hay realidad ni mundo.

El *cogito*, el “pienso”, es, por una parte, la primera existencia o sustancia conocida, la primera naturaleza simple. En el pensamiento radica, única y exclusivamente, la naturaleza del yo, la esencia de la realidad humana. A este yo, *res cogitans*, le corresponde esas propiedades del pensar, del sentir, del querer, igual que a las cosas del mundo físico les corresponde, por ejemplo, el color o la gravedad; por otra parte, es también la primera intuición, el primer acto del conocer verdadero. Del *cogito* puede, pues, desprenderse el criterio de toda verdad, a saber: toda intuición de naturaleza simple es verdadera, o, en otros términos, *toda idea clara y distinta es verdadera*.

Descartes va llevando, progresivamente, el análisis de nuestro pensamiento y sus capacidades hacia una solución cada vez más positiva de la realidad. La evidencia de nuestras ideas, del hecho *claro y distinto* de la actividad de nuestro pensamiento, se convierte en la evidencia de Dios y, por extensión, del mundo. Dios asegura la coincidencia entre las evidencias y las existencias, garantiza que mis ideas sobre la realidad exterior tienen existencia independientemente de mí, pues, en tanto que perfecto no puede inducirme al error. De la existencia de Dios y sus propiedades, deriva ya Descartes fácilmente la realidad de las naturalezas simples en general, y, por tanto, de los objetos matemáticos, espacio, figura, número, duración, movimiento. La metafísica le conduce sin tropiezo a la física. Su punto de partida es la distinción esencial del alma y del cuerpo. El *alma* se define por el *pensamiento*. El *cuerpo* se define por la *extensión*.

Descartes distingue tres ámbitos de la realidad: Dios, *sustancia infinita*; el yo o *sustancia pensante*; los cuerpos, mi cuerpo, o *sustancia extensa*. Junto a la *sustancia pensante*, en el campo de lo creado está lo material o *sustancia extensa*. La *res cogitans*, alma o *sustancia pensante* es una cosa que duda, imagina siente. Nuestro conocimiento está constituido por un yo que piensa ideas. El hecho de que el atributo del alma sea el pensamiento es algo que una simple ficción puede demostrar, como hemos visto: puedo fingir que no tengo cuerpo, que no dependo del espacio, pero no puedo fingir que no pienso. Con respecto a la *res extensa*, su esencia, es decir, ese atributo que nosotros podemos conocer, es la “extensión espacial”. De a misma forma que no se puede concebir un sujeto que no piense, no se puede entender un cuerpo sin longitud, anchura o profundidad, que son las características de la “extensión”.

La caracterización del mundo material y físico que realiza Descartes prima lo formal, absteniéndose de precisar atributos y características particulares “excesivamente tangibles”. Y lo paradójico aquí es que lo “material” por antonomasia es mi propio cuerpo. Predomina una visión en la que es mucho más importante ubicar matemáticamente (“cartesianamente”) a los cuerpos que describir sus cualidades sensibles. El mundo es concebido en el cartesianismo de forma mecanicista: materia en movimiento. Una máquina sí, pero regida por Dios.

## 2.4. Contextualización.

El siglo XVII, que coincide con el pleno desarrollo de la Edad Moderna, es una época caracterizada, en líneas generales, por el *afianzamiento del absolutismo*. Este desembocará en la creación de los Estados nacionales, en los que el poder del soberano es absoluto, ya que reúne en su persona los poderes legislativo, ejecutivo y judicial. Al mismo tiempo, surge un incipiente capitalismo, favorecido por la expansión del mercantilismo que contribuye al nacimiento de las grandes compañías comerciales y a la aparición de las primeras bolsas. Esta aparente nueva homogenización del ordenamiento cultural y social no presenta, sin embargo, una imagen diferenciada del mundo. El fundamento supremo de toda unidad en la Edad Media, Dios, se ha convertido en un elemento volátil y fragmentado por la ruptura definitiva de la Iglesia occidental con la *Reforma*.

El problema planteado por Lutero primero y más tarde por Calvino es el problema de encontrar un criterio de verdad para nuestras creencias. ¿Cómo sabemos que un juicio es verdadero? Ellos aceptaban que la Biblia era palabra revelada por Dios, verdad incuestionable, pero a su vez aceptaban que era necesaria una interpretación de esta palabra de Dios, puesto que las incoherencias, pasajes oscuros y contradicciones abundaban. Lutero estableció un nuevo criterio religioso, el de que la conciencia está obligada a creer aquello que ella misma se dicta, más allá de la interpretación oficial que pudiera hacer la Iglesia. Para el catolicismo romano esto era inaceptable porque minaba su autoridad y su papel de mediador exclusivo entre Dios y los hombres, condenando a los hombres, además, a la anarquía y el caos. Muy pronto el problema será planteado en la filosofía en términos escépticos: ¿cómo sabemos que nuestras creencias sobre el mundo y el yo son verdaderas?

Se produce un notable progreso de las ciencias, que se fundamentan sobre la observación y la experimentación, promovidas por el nuevo capitalismo, y que surgen de la quiebra de la visión aristotélico-escolástica del mundo: en el ámbito de la física se perfeccionan instrumentos de medición ya existentes y se inventan otros nuevos (desarrollo del termómetro y de la máquina neumática, por ejemplo). Las matemáticas prosperan de la mano de autores como Descartes y Leibniz. En astronomía destacan Brahe, Kepler, que formula las primeras leyes precisas sobre el movimiento de los planetas y Newton enuncia la ley de gravitación universal.

En lo referido a la filosofía y al pensamiento de la época, el acceso a los textos originales clásicos supuso el descubrimiento de que tampoco ellos habían tenido una doctrina única y que, por tanto, no se encontraban en posesión de la verdad. La ordenación divina del mundo, admitida sin discusión en la Edad Media, comienza a cuestionarse, lo cual implica una cada vez más generalizada crítica a la escolástica. El afán por explicar la razón última, el *porqué* de las cosas, es sustituido por el interés por determinar el *cómo*. Todo ello hace que la filosofía prescindiera del criterio de autoridad y que depositara toda su confianza en los dictámenes de la razón. El siglo XVII es el siglo del *método*. Se cree que sólo la lógica y el método matemático son capaces de descifrar el mundo y este espíritu inaugura una racionalidad que trasciende la “ceguera” de la escolástica, excesivamente centrada en un intelectualismo basado en lo empírico y en lo analógico. Es la aspiración a un **racionalismo** de nuevo cuño, a la autosuficiencia de la razón como fuente de conocimiento.

El término “racionalismo” se refiere primordialmente a la corriente filosófica del siglo XVII a la que pertenecen Descartes, Spinoza, Leibniz y Malebranche. El racionalismo es junto al empirismo la gran corriente filosófica del siglo XVII. Se caracteriza por propugnar la supremacía de la razón sobre el conocimiento sensible. Sus rasgos principales son los siguientes: consideración de la razón como la única fuente válida de conocimiento; Entre los racionalistas se rechaza el criterio de autoridad y a defender la autosuficiencia de la razón; infravaloración del conocimiento sensible, al que se considera incapaz de fundamentar un conocimiento universalmente válido. Sus principios fundamentales son: afirmación de que el conocimiento puede ser construido deductivamente a partir de unos *primeros principios*; existencia de *ideas innatas*; aspiración a crear una *ciencia universal*, única y necesaria, adoptando la matemática como modelo de ciencia; valoración de la *intuición intelectual* como el método más adecuado para el ejercicio del pensamiento; defensa de la *racionalidad del mundo*. Todo lo que sucede, todo lo que compone la realidad, tiene una justificación que puede conocer la razón.



## V. Documentos.

### 1. Un precedente de la certeza del *cogito*.

“Somos, conocemos que somos y amamos este ser y este conocer. Y en las tres verdades apuntadas no nos turba falsedad ni verosimilitud alguna. No tocamos esto, como las cosas externas, con los sentidos del cuerpo [...] sino que sin ninguna imagen engañosa de fantasías estamos ciertísimos de que somos, de que conocemos y de que amamos nuestro ser. En estas verdades me dan de lado todos los argumentos de los académicos, que dicen: –¿Qué? ¿Y si te engañas? Pues, si me engaño, existo. El que no existe, no puede engañarse, y por eso, si me engaño, existo. Luego, si existo, si me engaño, ¿cómo me engaño de que existo, cuando es cierto que existo si me engaño? Aunque me engañe, soy yo el que me engaño, y, por tanto, en cuanto conozco que existo, no me engaño”.

San Agustín, *La ciudad de Dios*.

### 2. El argumento ontológico anselmiano.

“Así pues, ¡oh Señor!, tú que das inteligencia a la fe, concédeme cuanto conozcas que me sea conveniente, entender que existes, como lo creemos, y que eres lo que creemos. Ciertamente creemos que tú eres algo mayor que lo cual nada puede ser pensado. Se trata de saber si existe una naturaleza que sea tal, porque el insensato ha dicho en su corazón: no hay Dios. Pero cuando me oye decir que hay algo por encima de lo cual no se puede pensar nada mayor, este mismo insensato entiende lo que digo; lo que entiende está en su entendimiento, incluso aunque no crea que aquello existe. Porque una cosa es que la cosa exista en el entendimiento, y otra que entienda que la cosa existe [...] El insensato tiene que conceder que tiene en el entendimiento algo por encima de lo cual no se puede pensar nada mayor, porque cuando oye esto, lo entiende, y todo lo que se entiende existe en el entendimiento; y ciertamente aquello mayor que lo cual nada puede ser pensado no puede existir en el solo entendimiento. Pues si existe, aunque sea sólo en el entendimiento, puede pensarse que exista también en la realidad, lo que es mayor. Por consiguiente, si aquello mayor que lo cual nada puede pensarse existiese sólo en el entendimiento, se podría pensar algo mayor que aquello que es tal que no puede pensarse nada mayor. Luego existe sin duda, en el entendimiento y en la realidad, algo mayor que lo cual nada puede ser pensado”.

Anselmo de Canterbury, *Proslogion*.

### 3. El aristotelismo-tomismo como filosofía a superar.

“La cuarta se deduce de la jerarquía de valores que encontramos en las cosas. Pues nos encontramos que la bondad, la veracidad, la nobleza y otros valores se dan en las cosas. En unas más y en otras menos. Pero este *más* y este *menos* se dice de las cosas en cuanto que se aproximan *más* o *menos* a lo máximo. Así, caliente se dice de aquello que se aproxima más al máximo calor. Hay algo, por tanto, que es muy veraz, muy bueno, muy noble; y, en consecuencia, es el máximo ser; pues las cosas que son sumamente verdaderas, son seres máximos, como se dice en II *Met.* Como quiera que en cualquier género, lo máximo se convierte en causa de lo que pertenece a tal género -así el fuego, que es el máximo calor, es causa de todos los calores, como se explica en el mismo libro-, del mismo modo hay algo que en todos los seres es causa de su existir, de su bondad, de cualquier otra perfección. Le llamamos Dios.

Tomás de Aquino, *Suma Teológica*.

### 4. Necesidad de una reformulación radical del saber.

“Así vemos que los edificios, que un solo arquitecto ha comenzado y rematado, suelen ser más hermosos y mejor ordenados que aquellos otros, que varios han tratado de componer y arreglar, utilizando antiguos muros, contruidos para otros fines. Esas viejas ciudades, que no fueron al principio sino aldeas, y que, con el transcurso del tiempo han llegado a ser grandes urbes, están, por lo común, muy mal trazadas y acompasadas, si las comparamos con esas otras plazas regulares que un ingeniero diseña, según su fantasía, en una llanura; y, aunque considerando sus edificios uno por uno encontremos a menudo en ellos tanto o más arte que en los de estas últimas ciudades nuevas, sin embargo, viendo cómo están arreglados, aquí uno grande, allá otro pequeño, y cómo hacen las calles curvas y desiguales, se diría que más bien es la fortuna que la voluntad de unos hombres provistos de razón, la que los ha dispuesto de esa suerte [...] Y así pensé yo que las ciencias de los libros, por lo menos aquellas cuyas razones son solo probables y carecen de demostraciones, habiéndose compuesto y aumentado poco a poco con las opiniones de varias personas diferentes, no son tan próximas a la verdad como los simples razonamientos que un hombre de buen sentido puede hacer, naturalmente, acerca de las cosas que se presentan. Y también pensaba yo que, como hemos sido todos nosotros niños antes de ser hombres y hemos tenido que dejarnos regir durante mucho tiempo por nuestros apetitos y nuestros preceptores, que muchas veces eran contrarios unos a otros, y ni unos ni otros nos aconsejaban acaso siempre lo mejor, es casi imposible que sean nuestros juicios tan puros y tan sólidos como lo fueran si, desde el momento de nacer, tuviéramos el uso pleno de nuestra razón y no hubiéramos sido nunca dirigidos más que por ésta”.

René Descartes, *Discurso del método*.

## 5. El método.

“Y como la multitud de leyes sirve muy a menudo de disculpa a los vicios, siendo un Estado mucho mejor regido cuando hay pocas, pero muy estrictamente observadas, así también, en lugar del gran número de preceptos que encierra la lógica, creí que me bastarían los cuatro siguientes, supuesto que tomase una firme y constante resolución de no dejar de observarlos una vez siquiera: Fue el *primero*, no admitir como verdadera cosa alguna, como no supiese con evidencia que lo es; es decir, evitar cuidadosamente la precipitación y la prevención, y no comprender en mis juicios nada más que lo que se presentase tan clara y distintamente a mí espíritu, que no hubiese ninguna ocasión de ponerlo en duda. El *segundo*, dividir cada una de las dificultades, que examinare, en cuantas partes fuere posible y en cuantas requiriese su mejor solución. El *tercero*, conducir ordenadamente mis pensamientos, empezando por los objetos más simples y más fáciles de conocer, para ir ascendiendo poco a poco, gradualmente, hasta el conocimiento de los más compuestos, e incluso suponiendo un orden entre los que no se preceden naturalmente. Y el *cuarto*, hacer en todo unos recuentos tan integrales y unas revisiones tan generales, que llegase a estar seguro de no omitir nada.

René Descartes, *Discurso del método*.

## 6. La certeza incuestionable.

“Arquímedes, para trasladar la tierra de lugar, sólo pedía un punto de apoyo firme e inmóvil; así yo también tendré derecho a concebir grandes esperanzas, si por ventura hallo tan sólo una cosa que sea cierta e indubitable. Así pues, supongo que todo lo que veo sea falso; estoy persuadido de que nada de cuanto mi mendaz memoria me representa ha existido jamás; pienso que carezco de sentidos; creo que cuerpo, figura, extensión, movimiento, lugar, no son sino quimeras de mi espíritu. ¿Qué podré, entonces, tener por verdadero? Acaso esto solo: que nada cierto hay en el mundo.

Pero ¿qué sé yo si no habrá otra cosa, distinta de las que acabo de reputar inciertas, y que sea absolutamente indudable? ¿No habrá un Dios, o algún otro poder, que me ponga en el espíritu estos pensamientos? Ello no es necesario: tal vez soy capaz de producirlos. Y yo mismo, al menos, ¿nos soy algo? Ya he negado que yo tenga sentidos y cuerpo. Con todo, titubeo, pues ¿qué se sigue de eso? ¿Soy tan dependiente del cuerpo y de los sentidos que, sin ellos, no puedo ser? Ya estoy persuadido de que nada hay en el mundo; ni cielo, ni tierra, ni espíritus, ni cuerpos, ¿y no estoy asimismo persuadido de que yo tampoco existo? Pues no: si yo estoy persuadido de algo, o meramente si pienso algo, es porque yo soy. Cierto que hay no sé qué engañador todopoderoso y astutísimo, que emplea toda su industria en burlarme. Pero entonces no cabe duda de que si me engaña, es que yo soy; y, engañeme cuanto quiera, nunca podrá hacer que yo no sea nada, mientras que yo estoy

pensando que soy algo. De manera que, tras pensarlo bien y examinarlo todo cuidadosamente, resulta que es preciso concluir y dar como cierta que esta proposición: *yo soy, yo existo*, es necesariamente verdadera, cuantas veces la pronuncio o la concibo en mi espíritu”.

René Descartes, *Meditaciones metafísicas*.

## 7. Descartes sobre la ciencia moderna.

“Empezaré esta carta con mis observaciones sobre el libro de Galileo. Encuentro, en general, que filosofa mucho mejor que el vulgo en la medida que se separa tanto como puede de los errores de la Escuela y trata de examinar las materias físicas mediante razones matemáticas. En esto estoy enteramente de acuerdo con él, y sostengo que no hay otro medio para encontrar la verdad. Pero me parece que falla mucho en que hace continuas digresiones y no se detiene a exponer por completo ninguna materia. Ahora bien, en tanto que su manera de filosofar es más cercana a la verdadera, con tanta más facilidad se pueden conocer sus errores, del mismo modo que puede decirse mejor cuándo se extravían quienes siguen a veces el camino recto, que cuándo se extravían quienes no entran nunca en él [...]”.

R. Descartes, *Carta al padre Mersenne* (11-X-1638).

“Pero tan pronto como hube adquirido algunas nociones generales de la física y comenzado a ponerlas a prueba en varias dificultades particulares, notando entonces cuán lejos pueden llevarnos y cuán diferentes son de los principios que se han usado hasta ahora, creí que conservarlas ocultas era grandísimo pecado, que infringía la ley que nos obliga a procurar el bien general de todos los hombres, en cuanto ello esté en nuestro poder. Pues esas nociones me han enseñado que es posible llegar a conocimientos muy útiles para la vida, y que, en lugar de la filosofía especulativa, enseñada en las escuelas, es posible encontrar una práctica, por medio de la cual, conociendo la fuerza y las acciones del fuego, del agua, del aire, de los astros, de los cielos y de todos los demás cuerpos, que nos rodean, tan distintamente como conocemos los oficios varios de nuestros artesanos, podríamos aprovecharlas del mismo modo, en todos los usos a que sean propias, y de esa suerte hacernos como dueños y poseedores de la naturaleza. [...] Verdad es que la que ahora se usa contiene pocas cosas de tan notable utilidad; pero, sin que esto sea querer despreciarla, tengo por cierto que no hay nadie, ni aun los que han hecho de ella su profesión, que no confiese que cuanto se sabe, en esa ciencia, no es casi nada comparado con lo que queda por averiguar y que podríamos librarnos de una infinidad de enfermedades, tanto del cuerpo como del espíritu, y hasta quizá de la debilidad que la vejez nos trae, si tuviéramos bastante conocimiento de sus causas y de todos los remedios, de que la naturaleza nos ha provisto. Y como yo había concebido el designio de emplear mi vida entera en la investigación de tan necesaria ciencia, y como había encontrado un camino

que me parecía que, siguiéndolo, se debe infaliblemente dar con ella, a no ser que lo impida la brevedad de la vida o la falta de experiencias, juzgaba que no hay mejor remedio contra esos dos obstáculos, sino comunicar fielmente al público lo poco que hubiera encontrado e invitar a los buenos ingenios a que traten de seguir adelante, contribuyendo cada cual, según su inclinación y sus fuerzas, a las experiencias que habría que hacer, y comunicando asimismo al público todo cuanto averiguaran, con el fin de que, empezando los últimos por donde hayan terminado sus predecesores, y juntando así las vidas y los trabajos de varios, llegásemos todos juntos mucho más allá de donde puede llegar uno en particular”.

René Descartes, *Meditaciones metafísicas*.

## 9. El empirismo rechaza la epistemología racionalista.

“Pero, aunque nuestro pensamiento aparenta poseer esta libertad ilimitada, encontraremos en un examen más detenido que, en realidad, está reducido a límites muy estrechos, y que todo este poder creativo de la mente no viene a ser más que la facultad de mezclar, trasponer, aumentar, o disminuir los materiales suministrados por los sentidos y la experiencia. Cuando pensamos en una montaña de oro, unimos dos ideas compatibles: *oro* y *montaña*, que conocíamos previamente. Podemos representarnos un caballo virtuoso, pues de nuestra propia experiencia interna podemos concebir la virtud, y ésta la podemos unir a la forma y figura de un caballo, que es un animal que nos es familiar. En resumen, todos los materiales del pensar se derivan de nuestra percepción interna o externa. La mezcla y composición de ésta corresponde sólo a nuestra mente y voluntad. O, para expresarme en un lenguaje filosófico, todas nuestras ideas, o percepciones más endebles, son copias de nuestras impresiones o percepciones más intensas”.

D. Hume, *Investigación sobre el conocimiento humano*.

## 10. Síntesis comparada del racionalismo cartesiano y el empirismo de Hume.

	<b>Descartes</b>	<b>Hume</b>
<b>Sustancia</b>	Lo que existe por sí y se concibe por sí.	No existe. No corresponde a ninguna impresión.
<b>Clases de sustancias</b>	Dualismo: -Sustancia infinita: Dios. -Sustancias finitas: cogito y cuerpo.	
<b>Atributos de la sustancia</b>	Atributo del cuerpo: extensión. Atributo del cogito: pensamiento.	
<b>Modos de la Sustancia</b>	Variaciones de la sustancia: figura y movimiento.	
<b>Dios</b>	Dios es el ser necesario que garantiza la certeza de mis ideas y la existencia del mundo.	No se puede demostrar la existencia de Dios, no responde a ninguna impresión sensible.
<b>Mundo</b>	Dios garantiza la existencia del mundo.	La existencia de las impresiones sensibles funda la creencia de la existencia del mundo.
<b>Relación Dios-Mundo</b>	Ocasionalismo: Dios pone en marcha los dos tipos de sustancias finitas e intervienen ocasionalmente.	
<b>Conocimiento</b>	Consiste en ideas claras y distintas, cuya verdad está garantizada por Dios.	No puede haber conocimiento universal y necesario, sólo probable, basado en la creencia.
<b>El yo</b>	El <i>cogito</i> , el “pienso”, es, por una parte, la primera existencia o sustancia conocida. es también la primera intuición, el primer acto del conocer verdadero.	El <i>yo</i> sólo es una suma de impresiones.
<b>Ética</b>	No se puede encontrar un principio que fundamente la moral: moral provisional	La moral no puede basarse en la razón, sino en el sentimiento.

## VI. Léxico y nociones.

**ANÁLISIS.** Metodología utilizada por Descartes y segunda de las cuatro “reglas” del método que propone en el *Discurso*. Dada una dificultad, planteado un problema, es preciso ante todo considerarlo en bloque y dividirlo en tantas partes como se pueda. Pero ¿en cuantas partes dividirlo? ¿Hasta dónde ha de llegar el fraccionamiento de la dificultad? ¿Dónde deberá detenerse la división? La división deberá detenerse cuando nos hallemos en presencia de elementos del problema que puedan ser conocidos inmediatamente como verdaderos y de cuya verdad no pueda haber duda alguna.

\*El método de análisis es usado por el Descartes matemático como un método destinado a solucionar problemas mediante ecuaciones, al igual que en la geometría analítica. Se distingue este método matemático del llamado “método sintético”, consistente en el desarrollo de una serie de operaciones que se ejecutan sobre las propias figuras geométricas mediante la intuición. Pero Descartes, como sabemos, no se limitó al uso matemático del análisis, sino que lo convirtió en un método universal aplicable a cualesquiera ámbitos del saber, convirtiéndose en una alternativa rigurosa y mucho más general que la dialéctica de la silogística clásica. El silogismo como método es incapaz de establecer una cadena de proposiciones en la que pueda obtenerse una nueva proposición más verdadera que la premisa mayor.

**CERTEZA.** Aprehensión intelectual clara y segura a algo que se considera una verdad, adhesión de la mente sin error a algo cognoscible, seguridad de poseer la verdad o proposición que expresa una adhesión inquebrantable a la verdad. El problema filosófico más importante con respecto a la certeza ha sido su equiparación a “evidencia”. Afirmar que “certeza” es un estado mental o espiritual que permite expresar sin dudas la verdad o falsedad de una cosa, exige distinguir si esto se refiere a toda clase de verdades o falsedades, es decir, de razón o de hecho. Para el racionalismo cartesiano, “claridad y distinción” son las características básicas de certeza, y su aplicación sólo puede realizarse sobre aquellas evidencias que, más allá de la duda, sean el resultado de la aplicación del *método*.

**DEDUCCIÓN.** En el racionalismo el conocimiento es deductivo. A partir de la intuición de unas verdades esenciales, o tras el análisis y descomposición de problemas complejos, se derivan o deducen todas las proposiciones verdaderas mediante un procedimiento veraz y eficaz. La deducción puede ser entendida, en este sentido, como una operación mental mediante la cual captamos intelectualmente todas aquellas cosas que son la derivación necesaria de otras ya intuitas y captadas con certeza.

\*En el *método*, las reglas tercera y cuarta conforman el momento deductivo del mismo, y se refieren a la concatenación o enlace de las intuiciones, que es a lo que llama Descartes *deducción*. Es la deducción una enumeración o sucesión de intuiciones, por medio de la cual, vamos pasando de una a otra verdad evidente, hasta llegar a la que queremos demostrar. El análisis deshizo la compleja dificultad en elementos o naturalezas simples. Ahora, recorriendo estos elementos y su composición, volvemos, de evidencia en evidencia, a la dificultad primera en toda su complejidad; pero ahora volvemos *conociendo*, es decir, intuyendo una por una las “ideas claras”, garantía última de la

verdad del todo. El *método* permite un conocimiento verdadero, dado que “conocer” es “intuir”, captar intelectualmente de modo infalible, las naturalezas simples (ideas) y las relaciones entre ellas, que son, a su vez, también naturalezas simples.

**DUDA.** Una forma de metodología negativa o de estrategia de conocimiento adoptado por Descartes para comprobar la verdad de sus creencias y encontrar, así, un principio absolutamente indudable que sirva de fundamento a la filosofía y al resto de las ciencias. La duda es universal ya que se aplica a todo el saber que la razón no ha examinado y reconociendo como verdadero, al tiempo que es metódica, dado que no es escéptica, no niega que sea posible la verdad, sino que, como primera estrategia cognoscitiva, quiere evitar que se acepten como verdaderos los juicios dudosos.

\*Al igual que Edmund Husserl tres siglos después, Descartes se plantea cómo desarrollar un conocimiento de la realidad, un método para adquirir creencias verdaderas que esté libre de error. El camino para lograrlo pasa, en primera instancia, por la *duda metódica*, por dudar radicalmente poniendo entre paréntesis nuestra experiencia de la realidad y los saberes que se asocian a dicha experiencia, una suerte de *epoché* fenomenológica. ¿Qué es realmente este dudar? La duda cartesiana no busca el escepticismo, sino un procedimiento dialéctico de investigación, encaminado a desprender y aislar la primera verdad evidente, la primera idea “clara y distinta”, la primera naturaleza simple. La duda, en suma, es la aplicación al problema del conocimiento del análisis racional. El objetivo es hallar una verdad fundamental que sea *incorregible* y que sirva de base a todas las demás.

**ESCEPTICISMO.** El escepticismo teórico, como doctrina filosófica, es una epistemología negativa según la cual no hay ningún saber firme, no pudiendo encontrarse nunca ninguna opinión segura. Aunque es un modo de filosofar cuyos orígenes pueden rastrearse en las opiniones de algunos sofistas, propiamente hablando el escepticismo aparece en el siglo III a.C. con Pirrón y sus discípulos Filón de Atenas y Timón de Flionte. Desde un punto de vista práctico, podemos hablar, en la época helenística, de un escepticismo como “actitud”, el cual consiste en la negativa a adherirse a ninguna opinión determinada mediante la suspensión del juicio y la paz interior.

**ESPÍRITU.** Para Descartes, *espíritu* es equivalente a “pensamiento”, “razón”, *res cogitans*, o como alternativa al escolástico “alma”. El término se usa en oposición a la *sustancia extensa*, adquiriendo además una significación extra como sinónimo de “ingenio”, una razón dotada de capacidad intelectual, imaginación y memoria.

**EVIDENCIA [CLARIDAD y DISTINCIÓN].** Verdad “evidente” es toda aquella que se presenta a la mente de forma clara y distinta. La “evidencia” es, de esta forma, el criterio único y válido de verdad planteado por Descartes. Una proposición es verdadera cuando la razón intuye que lo es, cuando la razón concibe de forma clara y distinta, sin ninguna duda, dicha verdad. Se trata de un acto del pensamiento, de nuestra capacidad intelectual, y nunca de los sentidos, ya que estos nos engañan.

\*Una expresión de este concepto de verdad lo hallamos en el *método*. En él, la *regla de la evidencia* exige no reconocer nunca como verdadera ninguna cosa si “no la había conocido evidentemente como tal”. Es decir, evitar la precipitación y la prevención, admitiendo en los juicios sólo aquello que se presentase tan *clara y distintamente* que no



hubiera modo de ponerlo en duda. La regla propone la *evidencia*, como criterio de la verdad. Lo verdadero es lo evidente y lo evidente es, a su vez, definido por dos notas esenciales: la *claridad* y la *distinción*. “Clara” es una idea cuando está separada y conocida separadamente de las demás ideas. “Distinta” es una idea cuando sus partes o componentes son separados unos de otros y conocidos con interior claridad. La verdad o falsedad de una idea no consiste para Descartes, a diferencia de los escolásticos, en la adecuación o conformidad con las “cosas del mundo”. Las cosas existentes no nos son dadas en sí mismas, sino como ideas o representaciones a las cuales *suponemos* que corresponden realidades fuera del yo. Pero el material del conocimiento no es nunca otro que ideas –de diferentes clases–, y, por tanto, el criterio de la verdad de las ideas no puede ser extrínseco, sino que debe ser interior a las ideas mismas.

**EXTENSIÓN (*RES EXTENSA*).** A diferencia del pensamiento puro, del *cogito*, a la materia se la conoce desde la percepción sensible. Esta es una segunda forma de conocimiento, inferior a la anterior, que depende del propio cuerpo, de mi cuerpo, del que el pensamiento puro se sirve como instrumento de ayuda, mientras que el pensar puro se orienta siempre hacia sí mismo, hacia su propia y característica realidad mental-espiritual. La prueba de la existencia de lo material no deja de presentar unas enormes dosis de circularidad en Descartes. Si recordamos sus argumentos para probar la existencia de Dios, para Descartes, el contenido de un objeto captado por la sensibilidad debe derivar de lo real con al menos el mismo rango ontológico (de lo inferior no puede derivarse algo superior). Dado que yo soy incapaz de reconocer a algún ser superior como generador de ese tipo de conocimiento, de esas *ideas adventicias*, estaría expuesto al engaño si ellas no procedieran de las cosas reales materiales. Tal segundo supuesto implicaría hacer de Dios un mentiroso, lo cual es imposible. En conclusión, existe lo *material*. ¿Qué es lo material? Las cosas materiales concretas, cuya existencia queda garantizada por la existencia de un Dios no engañador, son el propio cuerpo y las cosas del mundo que me rodean.

De la misma forma que no se puede concebir un sujeto que no piense, no se puede entender un cuerpo sin longitud, anchura o profundidad, que son las características de la “extensión”. Descartes, al igual que Spinoza o Leibniz, usa la expresión “extensión” o *res extensa* con preferencia al término “espacio”. Considera que la misma extensión que constituye la naturaleza de los cuerpos, constituye la naturaleza del espacio, de forma que, por ejemplo, la idea verdadera que podemos tener de una piedra consistirá en que nosotros captamos intelectualmente que es una sustancia extensa en longitud, anchura y profundidad. Por ello, en la caracterización del mundo material y físico que realiza Descartes prima lo formal, absteniéndose de precisar atributos y características particulares “excesivamente tangibles”. Predomina una visión en la que es mucho más importante ubicar formalmente a los cuerpos que describir sus cualidades sensibles.

**IDEAS.** Somos *seres pensantes*. Descartes va a realizar a partir de esta evidencia una clasificación de los contenidos de conciencia, es decir, de aquello que nuestra mente, nuestro yo pensante o espíritu, piensa. Distingue, en este sentido, entre las *ideas* en sentido estricto (“imágenes de cosas”), *actos de voluntad* (que siempre añaden un plus al contenido de la idea de la que parten) y *juicios* (operaciones con ideas), los únicos a los que corresponde la verdad o falsedad. Aclaremos este asunto. Las ideas, tomadas en sí mismas, aisladas y simples, sin relación a ninguna otra cosa, no pueden ser consideradas falsas: aunque yo imagine un “gato volador” o una “silla”, ficción y objeto real son

ciertamente “imaginados” por mí, los estoy “pensando”. Los actos de voluntad no pueden presentar falsedad, porque aunque yo desee el mal o cosas inexistentes, no es menos cierto que las estoy deseando, “pensando”. Sólo los juicios deben exigirme prevención ante la falsedad, y la razón estriba en que puedo tener la tentación de juzgar que las ideas que pienso corresponden a las cosas que están fuera de mí, lo cual no es siempre así..

Si juzgar es “trabajar con ideas” y si se nos advierte que es esencial clarificar qué clase de relación establecen los juicios entre las ideas y las cosas del mundo, parece obligatorio matizar y caracterizar algo mejor la naturaleza de las mismas. En primer lugar, la afirmación de que el objeto del pensamiento son las ideas lleva a Descartes a distinguir cuidadosamente dos aspectos en ellas: a) son *actos mentales* y como actos mentales todas las ideas tienen la misma realidad, son “esos pensamientos por cuya percepción inmediata tenemos conciencia de ellos; b) poseen un *contenido objetivo* y, por ello, su realidad es diversa, dado que cada una representa cosas diversas. En segundo lugar, a partir de esta doble definición general, Descartes al estudiar y analizar los distintos tipos de ideas, distingue tres tipos básicos: “unas me parecen nacidas conmigo, otras extrañas y venidas de fuera, y otras hechas e inventadas por mí mismo” (*Med. III*); respectivamente, *innatas*, *adventicias* y *facticias*.

-*Adventicias*. Las que parecen provenir de nuestra experiencia externa (“si oigo un ruido, si veo el Sol, si siento calor”).

-*Facticias*. Las que construye la mente a partir de otras ideas (“una sirena, un hipogrifo y otras quimeras”).

Es claro que ninguna de estas ideas puede servirnos como punto de partida para la demostración de la existencia de la realidad extramental: las adventicias porque provienen del exterior, y la realidad más allá de la mente es problemática; las facticias, porque al ser construidas por el pensamiento tienen una validez cuestionable.

-*Innatas*. Existen, sin embargo, algunas ideas (pocas, pero esenciales) que no son ni adventicias ni facticias. Si no provienen del exterior ni son un constructo, ¿cuál es su origen? La única respuesta es que el pensamiento las posee en sí mismo, son *innatas*. Innatas son, por ejemplo, las ideas de “pensamiento”, “existencia”, “infinito” = “Dios”. Ahora bien, es necesario clarificar el sentido de este *innatismo*. En su escrito polémico *Notas contra un programa*, Descartes explica que las ideas innatas, en el sentido que él daba al término, son ideas “que no proceden de otra fuente que nuestra facultad de pensar, y son, en consecuencia, junto con esa misma facultad, innatas en nosotros, es decir, que potencialmente están siempre en nosotros”. Niega que al postular ideas innatas pretenda afirmar que esas ideas son “actuales”, o una clase de modificación accidental del entendimiento, distintas de la facultad de pensar. Así, frente a una lectura ingenua que vendría a afirmar, por ejemplo, que la idea innata de “Dios” se halla como idea “actual” en la mente de un niño al nacer, Descartes afirmaríamente solamente que hay en nosotros por naturaleza una “potencialidad innata” para conocer a Dios.

**INTUICIÓN.** Para Descartes, la intuición, más allá de la dudosa información de los sentidos o del uso incorrecto de nuestras capacidades intelectuales, es la actividad de una mente que capta de forma clara y distinta, la concepción no dubitativa de una mente pura

que capta las verdades fundamentales previamente a cualquier deducción. Sus propiedades fundamentales, son las de ser un acto del pensamiento puro radicalmente distinto de cualquier percepción sensible, es infalible y corresponde con los actos simples y particulares del pensamiento. La intuición es un acto mental simple, a diferencia del discurso mental, que consiste en una sucesión de actos mentales. Tanto la intuición como la deducción nos permiten, por caminos alternativos, conocer las cosas sin temor a error.

**MÉTODO.** Es el camino que Descartes propone para conocer la verdad. Su fundamento se halla en el hecho de que todos los seres humanos participan de la razón y del sentido común, dado que todos somos seres racionales. El método se sostiene sobre la premisa de no admitir como verdadero nada que no se presente de forma “clara y distinta” a mi mente. Esta primera intuición permite deducir, de forma “metódica” el resto del conocimiento. La intención cartesiana es la de encontrar un método universal aplicable a todas las ramas del saber y en todos los casos posibles. Junto a ello, se establece la posibilidad de que tal método sea usado y aplicado por cualquiera, unas reglas de invención y de descubrimiento que no dependan de la capacidad intelectual del que las usa, sino de ellas mismas.

\*La necesidad de una nueva fundamentación para el conocimiento, es la necesidad de un método unitario exento de contradicción, un método que sirva para todos los campos del saber y que se enfrente a todos los prejuicios y costumbres, a todo aquello que ponga obstáculos a la evidencia. Teniendo como inspiración la matemática, el método aspira a desarrollar un pensamiento *claro y distinto*, cuyas aspiraciones se pueden sintetizar en cuatro principios básicos: a) un plano más elevado de verdad, la evidencia que se expresa con conceptos claros y bien definidos; b) un conocimiento no basado en los inseguros datos sensibles; c) un pensamiento metódico, que procede paso a paso, por evidencias, de lo conocido a lo desconocido, de lo simple a lo complejo; d) una analogía, expresión moderna por antonomasia, entre el orden de la matemática y el de la naturaleza.

**PENSAMIENTO.** Descartes entiende el término “pensamiento” como todo aquello que sucede en nosotros de tal modo que mentalmente lo captamos al instante, “todo lo que acaece en nosotros de manera tal que de ello tengamos consciencia”. Somos *seres pensantes*, lo cual parece indicarnos un “tipo de acción” vinculada a nuestra esencia y no una “capacidad”. Si esta actividad –pensar– cesara, dejaríamos de existir, por lo que Descartes se ve obligado a concluir que nuestro espíritu, nuestro *yo*, *siempre piensa*. Descartes va a realizar a partir de esta evidencia una clasificación de los contenidos de conciencia, es decir, de aquello que nuestra mente, nuestro *yo pensante* o espíritu, piensa. Distingue, en este sentido, entre las *ideas* en sentido estricto (“imágenes de cosas”), *actos de voluntad* (que siempre añaden un plus al contenido de la idea de la que parten) y *juicios* (operaciones con ideas), los únicos a los que corresponde la verdad o falsedad.

**PRINCIPIO.** A diferencia del aristotelismo-tomismo, que defendía la existencia y el valor de una pluralidad de principios, el cartesianismo trató de encontrar primeras causas o “principios” que resultasen tan claros y evidentes que la mente humana nunca pudiera dudar de su verdad, al tiempo que fueran principios de los cuales pudiera depender el conocimiento del resto de las verdades, deduciendo de ellos todo el conocimiento. Leemos en el *Discurso del método*: “Pero advertí luego que, queriendo yo pensar, de esa suerte, que todo es falso, era necesario que yo, que lo pensaba, fuese alguna cosa; y

observando que esta verdad: *pienso, luego soy*, era tan firme y segura que las más extravagantes suposiciones de los escépticos no son capaces de conmovérla, juzgué que podía recibirla sin escrúpulo, como el primer principio de la filosofía que andaba buscando”.

**RACIONALISMO.** El término *racionalismo* se refiere primordialmente a la corriente filosófica del siglo XVII a la que pertenecen Baruch Spinoza, G. W. Leibniz, Nicolás Malebranche y René Descartes. Se caracteriza por propugnar la supremacía de la razón sobre el conocimiento sensible. Los términos “racionalismo” y “racionalista” se utilizan a menudo en la lengua y en las conversaciones comunes. Para una persona ajena a la filosofía, el racionalismo es aquella actitud que da una importancia fundamental a la razón. Esta definición no es desatinada, pero peca de excesiva generalidad. No basta, en efecto, con indicar vagamente que se confiere a la razón un valor de principio supremo, sino que es necesario establecer qué se entiende por razón y de qué se la considera principio. Esto sólo puede ser definido si se señala con precisión: a) a que se le niega el rango de principio que se le está dando a la razón; y b) en qué campo o esfera se concede a la razón el rango de fundamento o principio. De estas observaciones podemos deducir que puede hablarse de racionalismo en distintos campos y que en cada uno de ellos este término adquirirá un significado específico y concreto. Pensemos, por ejemplo, cómo el platonismo renacentista hace surgir en el siglo XVI un “racionalismo religioso”, podríamos hablar, también, de racionalismo científico, de racionalismo ético, etc.

**RES COGITANS.** Cuerpo y espíritu podemos entenderlos como dotados de independencia mutua, ya que metafísicamente pueden existir con independencia el uno del otro. El objetivo último de Descartes al afirmar que alma y cuerpo, pensamiento y extensión, *res cogitans* y *res extensa*, constituyen sustancias distintas es garantizar la autonomía del alma con respecto a la materia, y por ende, la *inmortalidad del alma*. La ciencia clásica, cuya noción de materia comparte Descartes, imponía una concepción mecanicista y determinista del mundo material, en la que no quedaba lugar alguno para la libertad. La libertad sólo podía salvaguardarse situando el alma en una esfera de realidad autónoma e independiente de la materia. Este es el punto más débil de la filosofía cartesiana. El dualismo radical alma-cuerpo, pensamiento-extensión, provoca una realidad escindida sólo coordinada por obra de Dios para la conservación de la vida: *juntos sin ser uno*.

La unidad de ambas sustancias, característica peculiar del hombre, es un enigma que Descartes apenas resuelve, recurriendo a una fantásica *glándula pineal* (epífisis). Este elemento actúa en el cerebro como un interruptor entre el espíritu y los impulsos vitales que se transmiten los centros nerviosos y producen el movimiento corpóreo. A la inversa, los impulsos vitales se valen de la *glándula pineal* para producir en la mente las impresiones, ya sean representaciones, sensaciones o afectos.

**SENTIDOS.** Primer motivo cartesiano para dudar de nuestro conocimiento actual del mundo. Dado que algunas veces nos engañan, pueden hacerlo siempre, por lo que no debemos fiarnos de ellos. Este motivo se confirma con la imposibilidad de distinguir el sueño de la vigilia: percibimos el mundo como real, pero también vivimos sensaciones similares mientras dormimos.

\* Las ilusiones sensoriales indican que hay cierta base para cuestionar nuestra experiencia sensorial ordinaria. La posibilidad de que toda nuestra experiencia sea parte de un sueño, nos permite encontrar una ocasión para dudar de la realidad de todo aquello que conocemos y de toda la realidad del mundo. Descartes llega al extremo de plantear la idea de que todos los juicios perceptivos estén equivocados, y que el mundo exterior pudiera no existir. Al igual que en el *escepticismo* antiguo, Descartes presenta los engaños de los sentidos y la inestabilidad de la imaginación como una justificación veraz de lo limitado del *conocimiento perceptivo*.

**SÍNTESIS.** Segundo momento del *método*, tras el “análisis”, la síntesis es un método y proceso deductivo que tiene como finalidad unir, unificar e integrar en un conocimiento cada vez más complejo las intuiciones simples. Por ello, puede decirse que la “síntesis” es la acción o el efecto, o ambos a la vez, de pasar de lo más simple a lo más complejo. Leemos en el *Discurso* que la “síntesis” equivale a: conducir mis reflexiones ordenadamente, “comenzando por aquellos objetos que sean más simples y fáciles de comprender, para ascender, poco a poco, gradualmente, al conocimiento de los más complejos”.

**SUJETO.** Es el ser humano considerado en tanto que *ser pensante*. El *cogito*, el “pienso”, es, por una parte, la primera existencia o sustancia conocida, la primera naturaleza simple. En el pensamiento radica, única y exclusivamente, la naturaleza del yo, la esencia de la realidad humana. A este yo, *res cogitans*, le corresponde esas propiedades del pensar, del sentir, del querer, igual que a las cosas del mundo físico les corresponde, por ejemplo, el color o la gravedad; por otra parte, es también la primera intuición, el primer acto del conocer verdadero. Del *cogito* puede, pues, desprenderse el criterio de toda verdad, a saber: toda intuición de naturaleza simple es verdadera, o, en otros términos, *toda idea clara y distinta es verdadera*.

\*Al poner Descartes el fundamento de su filosofía en el yo, acude a dar satisfacción a la esencial tendencia del nuevo sentido filosófico que se manifiesta con el Renacimiento. De lo que se trata es de explicar *racionalmente* el universo, es decir, de explicarlo en función del hombre, en función del yo. Era, pues, preciso empezar definiendo el hombre, el yo, y definiéndolo de suerte que en él se hallaran los elementos bastantes para edificar un sistema del mundo. La filosofía moderna, con Descartes, entra en su fase idealista y racionalista. Lo que es este yo, *ser pensante*, el espíritu, no se advierte de sus objetos, sino que se capta directamente de la *interioridad* como evidencia acerca de uno mismo.

**SUSTANCIA.** Descartes distingue tres ámbitos de la realidad: Dios, *sustancia infinita*; el yo o *sustancia pensante*; los cuerpos, mi cuerpo, o *sustancia extensa*. Sustancia es, para él, al modo clásico, “toda cosa que existe de tal modo que no necesita de ninguna otra cosa para existir”. Esto, en sentido riguroso, sólo corresponde a Dios, porque todo lo demás necesita de la existencia de Dios para existir. Junto a la *sustancia pensante*, en el campo de lo creado, está lo material o *sustancia extensa*.

**VERDAD.** Todo aquello que se presenta a mi mente con claridad y distinción. Para él es evidente que el objetivo fundamental de la filosofía no es otro que lograr aprehender la verdad valiéndose de la razón. El proyecto de Descartes, su *método*, es una reforma que pretende revisar todo el saber para eliminar de él todo aquello que se ha admitido sin un

examen suficiente y edificarlo de nuevo sobre unos cimientos más sólidos, sobre verdades indudables, un proceso de *deconstrucción-construcción* del conocimiento. La clave está en determinar qué se considera verdadero desde la perspectiva exclusiva de la razón. El criterio de verdad último es siempre la razón y no los sentidos, de los que hay que desconfiar.